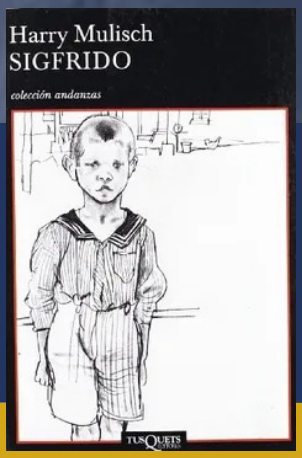
Visita
al territorio de

Harry Mulisch



La Escalera
Lugar de lecturas

SIGFRIDO

Harry Mulisch

Warum bolt mich der Teufel nicht?
Bei ihm ist es bestimmt schoner als hie

[¿Por qué no se me llevará el diablo?
Seguro que con él estaría mejor que aquí].

Eva Braun, Diario, 2-III-1935

1

En el preciso instante en que el tren de aterrizaje tocó el suelo de hormigón, Rudolf Herter despertó bruscamente de un profundo y plácido sueño. El aparato frenó en medio de un rugido de motores y abandonó la pista de aterrizaje después de trazar una suave curva. *Flughafen Wien*[1].

Herter se incorporó con un gruñido. Tras descalzarse, se dio un masaje en los dedos del pie izquierdo, el rostro contraído en un gesto de dolor.

—¿Qué te pasa? —preguntó la mujer sentada a su lado. Era alta, mucho más joven que él y llevaba el cabello recogido.

—Me ha dado un calambre en el dedo índice del pie.

—¿En dónde?

—En el dedo índice del pie. —Herter se echó a reír mirando a los ojos, grandes y verdes, de su acompañante—. ¿No te parece extraño que tengamos un nombre para todas las partes del cuerpo, aleta de la nariz, pabellón de la oreja, codo, palma de la mano…, pero no para los dedos del pie situados entre el pequeño y el gordo? Los hemos relegado al olvido. —Herter volvió a reír y añadió—: Ahora mismo los bautizo como los dedos índice, corazón y anular del pie. Aquí me tienes, el sucesor de Adán, aquel que puso nombre a todos los seres. —Herter miró a la mujer y añadió—: A propósito, el nombre de Maria está muy vinculado al de Eva.

—Lo tuyo no tiene arreglo. No cambiarás nunca —respondió Maria.

—Deformación profesional.

—¿Qué tal el viaje, señor Herter? —preguntó el miembro de la tripulación que se acercó a traerles los abrigos.

—Sólo un problema: me he bebido un cuarto de botella de Elzasser de más mientras sobrevolábamos Frankfurt. Terrible. Últimamente cada copa de vino me cuesta diez minutos extra de sueño.

Herter y Maria viajaban en clase *business*, de modo que fueron los primeros en abandonar el avión. Herter miró a los ojos grandes y cordiales de la tripulación que esperaba en fila en la puerta de salida para despedir a los pasajeros. El comandante apareció en el vano de la puerta de la cabina de mando.

—Adiós, señor Herter, le deseo una feliz estancia en Viena —se despidió el comandante con una generosa sonrisa—, y gracias por su maravilloso libro.

—No he hecho sino cumplir con mi deber —contestó Herter con una sonrisa.

Llegados a la sala de recogida de equipajes, Maria liberó un carrito de la fila, mientras Herter se apoyaba contra una columna con el abrigo doblado en el brazo. El cabello espeso, que enmarcaba su rostro afilado, le brotaba de la cabeza como llamas, si bien blancas como la espuma del rompiente. Vestía un traje de mezclilla con chaleco, cuya misión parecía ser la de mantenerle ensamblado el cuerpo, un cuerpo largo, estrecho, frágil y casi transparente. Tras superar dos operaciones de cáncer y un derrame cerebral, se sentía físicamente como la sombra de la sombra de lo que fue, pero sólo físicamente. Miró a Maria con sus ojos azules, fríos. Como un perro de caza junto a una guarida de zorros, su amiga no desviaba la mirada de la cortinilla de goma por la que pasaban ora una bolsa de piel de becerro de Hermés, ora un mísero paquete atado con cuerda. Ella también era alta y delgada, pero treinta años más joven que él y treinta veces más fuerte. Maria cogió las maletas de la cinta transportadora con un enérgico movimiento del brazo y las depositó en el carrito con idéntica maniobra.

Tras atravesar la puerta automática que daba acceso al vestíbulo de llegadas, vieron frente a ellos una larga hilera de carteles que la gente sostenía en alto: Hilton Shuttle, Doctor Oberkofler, IBM, *Frau* Marianne Gruber, Filatelia 1999…

—A nosotros no nos espera nadie —se lamentó Herter—. Me arrinconan y se hartan de reír de mí, como siempre.

Se sentía algo mareado.

—¡Señor Herter! —Le abordó una mujer menuda, al parecer embarazada, que le tendió la mano con una sonrisa—. Le he reconocido,

por supuesto. Todo el mundo sabe quién es usted. Thérèse Röell, de la embajada de los Países Bajos. Soy su cicerone, por así decir.

Herter se inclinó con una sonrisa y le besó la mano. Un cicerone a punto de dar a luz. Eso era lo que más le gustaba de los holandeses: el buen humor. En todos los innumerables congresos literarios y literario-políticos a los que había asistido a lo largo de su vida —igual de inútiles todos, por cierto—, la delegación holandesa destacaba por ser la más divertida. Mientras que los alemanes y los franceses se reunían por la noche con caras serias para fijar sus estrategias del día siguiente, los holandeses siempre estaban de guasa. Incluso en el Consejo de Ministros abundaban los ataques de risa tonta, según le confesó en cierta ocasión un ministro.

El coche de la embajada les esperaba a la salida. El conductor, un hombre con un excéntrico bigote gris en punta, mantenía las portezuelas abiertas. Hacía mucho más frío que en Amsterdam. En el asiento de atrás, Herter comentó el programa de actividades con el cicerone. Maria, a la que había presentado como su amiga, iba sentada al lado del conductor con la cabeza algo vuelta hacia atrás para poder seguir la conversación, no sólo por curiosidad, sino también porque sabía que a él le costaba oír lo que se decía dentro del coche, dado que su audífono aumentaba el nivel de sonido del motor. De vez en cuando, Herter hacía a Maria una seña con la mirada y entonces ella repetía, más o menos disimuladamente, las palabras de la señora Röell. Para ahorrarle esfuerzos, sus anfitriones habían realizado una rigurosa selección de actividades. Para ese día no tenía más que una breve entrevista televisiva para un programa de actualidad sobre temas relacionados con el arte, que se emitiría esa misma noche. Disponía de tiempo suficiente para deshacer el equipaje y asearse un poco. A la mañana siguiente concedería entrevistas a tres importantes periódicos y semanarios, luego le esperaba una comida en la embajada y, a última hora de la tarde, la conferencia. El jueves dispondría de todo el día para él. Thérèse Röell le entregó la documentación y un par de periódicos con algunas consideraciones sobre su obra y él se los pasó a su vez a Maria. Herter levantó las cejas para indicarle a su amiga que siguiera ella con la conversación.

El centro de la ciudad le recibió con el imponente abrazo de la monumental Ringstrasse. No visitaba Viena con frecuencia, y sin embargo, cada vez que pisaba su suelo, le resultaba más familiar que ninguna otra ciudad. La familia de Herter era de origen austriaco. Al parecer, pensó Herter, el ser humano portaba también en los genes las ciudades y regiones en las que nunca había estado. Las calles estaban abarrotadas de gente, el sol de noviembre perfilaba los contornos del mundo con nitidez, avivando sus colores; las últimas hojas de otoño, condenadas a caerse de los árboles con la próxima tormenta, se contaban con los dedos de la mano. Cuando pasaron por delante de un campo de césped de un verde intenso y cubierto de hojas doradas, Herter las señaló con el dedo y dijo:

—Así es como me siento últimamente.

Junto a la majestuosa ópera, el coche dobló a la derecha por la Kärtnerstrasse y se detuvo ante el hotel Sacher. La señora Röell se excusó por no poder asistir a la comida y la conferencia del día siguiente, y prometió recogerles el jueves por la noche para acompañarles al aeropuerto.

En la recepción del bullicioso vestíbulo del hotel, Herter fue recibido con una cálida bienvenida, como si llevaran años esperándolo. Herter se dejó mimar. Considerando que, desde hacía ya unas décadas, la imagen que tenía de sí mismo no coincidía ni mucho menos con la que los demás tenían de él, pensó que todo parecía destinado a un muchacho de dieciocho años, que, desconocido y pobre como las ratas, intentara escribir una historia justo después de la segunda guerra mundial. Aunque, a lo mejor —pensó Herter divertido, mientras seguía al mozo que cargaba con el equipaje por los pasillos enmoquetados de rojo oscuro, con las paredes tachonadas de retratos decimonónicos en pesados marcos dorados—, a lo mejor, en el fondo de su corazón, era menos modesto y se trataba de todo lo contrario: tal vez él no había cambiado nunca, en el sentido de que siempre había sido para sí mismo el que en el presente era para los demás, incluso de niño, en su habitación del desván con las ventanas empañadas de escarcha.

Sobre la mesa del salón de la espaciosa *suite* —una habitación esquinera cuyas arañas de cristal y románticas escenas pictóricas evocaban el tocador de la emperatriz Isabel— había un jarrón con flores, una fuente grande de fruta con dos platitos, cubiertos, servilletas y una botella de vino espumoso

dentro de una cubitera de plata. Junto a dos pastelitos Sacher de chocolate había una tarjeta del director con unas palabras de bienvenida escritas de su propia mano. Después de que el mozo les explicara el funcionamiento de todos los interruptores de la habitación, Herter se puso a deshacer las maletas para borrar las huellas del viaje y emprender la siguiente etapa. Entretanto, Maria, sentada en el borde de la cama, llamó a Olga, la mujer de Herter, para avisarla de que habían llegado bien. Olga era la madre de las dos hijas, ya mayores, de Herter, y esos días ella se hacía cargo en Amsterdam de Marnix, el hijo de siete años de Maria y Herter. Mientras Maria llenaba la bañera y se quitaba la ropa, Herter se acercó a la ventana.

El otro lado de la calle lo ocupaba por entero el frontispicio lateral de la imponente Staatsoper de estilo renacentista; en la plaza junto al hotel, al lado de la estatua ecuestre, una hilera de carruajes de alquiler esperaba a los turistas, los caballos con una manta sobre el lomo, los cocheros enfundados en largos abrigos con capas y tocados con sombreros de copa, tanto hombres como mujeres. Algo más allá estaba la Galería Albertina, detrás de la cual se divisaban, bajo la tenue luz otoñal, las torres y cúpulas de los palacios imperiales del Hofburg. Herter recordó la primera vez que visitó Viena, hacía ya cuarenta y seis años. Él era entonces un joven de veintiséis años; rebosaba salud y el año anterior había publicado su primera novela, *El espantapájaros*, ya laureada cuando no era más que un manuscrito. Cuando a sus cincuenta años fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura, el ministro calificó a Herter como «un ganador nato del premio nacional», y así fue como se sintió. El destino le depararía otros muchos honores de este tipo, cosa que nadie sabía aún en 1952, excepto él mismo. Un amigo periodista, que tenía que realizar un reportaje para una revista, le pidió que le acompañara en el viaje. En un Volkswagen se fueron a Viena por carreteras nacionales —las autopistas no abundaban por aquel entonces— pasando por Colonia, Stuttgart y Ulm. Eran los años inmediatos al fin de la segunda guerra mundial. Las ciudades estaban aún en ruinas, y su amigo y él tuvieron que pernoctar en refugios subterráneos provisionalmente acondicionados como hoteles. La ciudad de Viena también estaba en ruinas. Dos eran los recuerdos de aquel viaje que quedaron grabados para siempre en la memoria de Herter. El primero, haberse despertado la primera mañana

en Viena en un mísero hotel en la Wiedner Hauptstrasse, no muy lejos de donde se encontraba en esos momentos. Su habitación tenía vistas a un patio y, al abrir la ventana, le sorprendió una sensación hasta entonces desconocida para él: un olor dulzón, indefinible, que le resultaba muy familiar a pesar de percibirlo por primera vez. ¿Acaso se heredaba también el recuerdo de los olores? La temperatura coincidía exactamente con la de su piel, ni un grado más frío o caliente. Sintió que su cuerpo se fusionaba con el mundo y que, de algún modo, se estaba reuniendo con su padre, con el que por aquel entonces ya no podía comunicarse. El segundo recuerdo lo constituía un encuentro que tuvo lugar un par de días después. Viena estaba aún ocupada por las cuatro potencias aliadas. En la fachada del Neue Burg, en el Hofburg, donde en 1938 Hitler había sido aclamado por la multitud, pendía una gigantesca estrella soviética roja con la hoz y el martillo. Herter no recordaba muy bien cómo, pero fue a parar a la zona rusa, donde entabló conversación con un soldado del Ejército Rojo. Era éste un par de años más joven que él y una cabeza más bajo, llevaba una gorra de soldado ladeada sobre el cabello castaño claro, botas de cuero, uniforme con charreteras y un cinturón ciñéndole la amplia camisa campesina que le colgaba por encima de los pantalones. En realidad no puede decirse que mantuvieran una «conversación», pues era imposible entenderse. De lo único que Herter consiguió enterarse es de que se llamaba Juri, que era originario de la Unión Soviética más profunda y que había acudido a esas tierras con el ánimo de impedir que la semilla de Hitler germinara de nuevo. Durante un par de horas caminaron hombro con hombro por Viena observando a los austriacos, sin decir más que:

—*Germaanski niks Kultur*[2].

¿Dónde estaría Juri en la actualidad? Si aún vivía, debería de rondar los setenta años. Herter suspiró profundamente. Haría bien en anotar todos esos recuerdos. Había llegado el momento de escribir sus memorias, aunque, bien pensado, para qué: en realidad, sus memorias impregnaban toda su obra, y ésta reflejaba las experiencias de su vida tanto como de su imaginación, pues vida e imaginación eran inseparables. Llamaron a la puerta de la habitación; un mozo les entregó un gran ramo de flores de parte del embajador.

Herter volvió a mirar la plaza de abajo. Los cocheros cuidaban de sus caballos y, tras un pretil, el archiduque de bronce a lomos de su caballo de bronce también paseaba su mirada por la ciudad. En una zona abierta de la plaza, un monumento moderno enorme se erigía en el lugar donde cientos de vieneses perdieron la vida durante un bombardeo. También esto se lo debían los vieneses a su hijo perdido, a cuyos encantos se habían rendido, encandilados, unos años antes en la Heldenplatz.

2

La entrevistadora, Sabine, llamó a Herter por teléfono para decirle que le esperaba abajo. En compañía de Maria, Herter tomó el ascensor y llegó al suntuoso vestíbulo revestido en madera de caoba. Los sofás y las butacas, situados entre enormes espejos y jarrones con espléndidos ramos de flores, estaban todos ocupados. Herter reconoció a Sabine por la edición alemana de su última novela que ella sostenía bajo el brazo, como una contraseña. Sus pantalones vaqueros y su camisa blanca de hombre (abotonada de izquierda a derecha) también la distinguían de la clientela burguesa que frecuentaba el hotel. Antes de dirigirse a ella, Herter le dio a Maria un beso en la frente. Era la primera vez que su amiga visitaba Viena, de modo que le apetecía darse una vuelta por la ciudad.

—Hasta luego. Mejor cenamos aquí esta noche.

—¿Quieres que te compre algo?

—Tengo de todo.

Tras presentarse a la joven periodista rubia, Herter le preguntó cuánto tiempo iba a durar la entrevista. Unos cinco minutos, no más. En los ojos azules de la joven reconoció esa expresión de encandilamiento que tan bien conocía y que todavía en el presente le azoraba. Era una mirada extraña, ambigua: como si le estuviera viendo como persona a la vez que como objeto, como obra de arte. ¿Para qué le servía a Herter esta admiración que a la vez imponía distancia? Durante toda su vida había hecho sencillamente lo que le placía, pues, de lo contrario, se habría muerto de aburrimiento, y, curiosamente, gracias a esta actitud se había transformado gradualmente en una obra de arte. En realidad, ¿cuál era su mérito? La mayoría de la gente, evidentemente, no sabía escribir buenos libros, incapacidad esta que a Herter le resultaba tan difícil de comprender como su propio talento.

Escribir buenos libros le salía a él de manera natural. Para entender esa incomprensión de los demás, se imaginaba a un pintor o a un compositor: ¿qué hacían ellos para componer una sinfonía o pintar un cuadro? Bach y Rembrandt, a su vez, tampoco comprenderían su incomprensión. Sencillamente, había que poner manos a la obra. Que tales actos condujeran posteriormente a grandiosos templos musicales, edificios de ópera, célebres hombres distraídos —como directores de orquesta y músicos—, museos, teatros, bibliotecas, estatuas, libros complicados, nombres de calles y una mirada como la de los ojos de Sabine, era verdaderamente un milagro.

En una sala contigua —las paredes cubiertas de fotografías con autógrafos de personajes famosos y clientes olvidados, probablemente ya muertos— todo estaba listo para la grabación. Herter estrechó la mano del operador, del técnico de sonido y del técnico de iluminación, que le devolvieron el saludo con una ligera reverencia, costumbre ya del todo desterrada en Holanda. Herter se sentó en un sillón de felpa roja y cruzó las piernas. Las luces y focos estaban dirigidos a él, y un micrófono situado al extremo de un brazo articulado le pendía sobre la cabeza como el capullo pelusón de un insecto gigantesco. Sabine estaba sentada en una silla recta junto a la cámara.

—Un, dos, tres, cuatro —dijo ella.

El técnico de sonido pulsó un botón y miró a Herter.

—Todo lo perecedero es sólo alegoría —dijo Herter—. Aquí lo inaccesible se convierte en hecho; aquí se consuma lo inefable…

Sabine alzó la mirada de sus notas y, con una sonrisa, continuó:

—Lo eterno femenino nos encumbra.

El técnico de sonido, ignorando que Herter y Sabine acababan de recitar los versos finales del *Fausto* de Goethe, sólo estaba pendiente del volumen y movió la cabeza afirmativamente:

—Rodando.

—Rodando.

Herter había estado delante de una cámara cientos de veces, prácticamente desde que existía la televisión, y sin embargo aún seguía provocándole cierta ansiedad. No era una cuestión de miedo escénico —pues sabía que no haría mal papel—, no; lo que le producía extrañeza era la

situación en sí: miraba a los ojos azules de Sabine, al lado de ella el tercer ojo omnividente de cristal, pálido como un pez muerto, cuyo cometido era hacer que la conversación de esa noche se desarrollara ante cientos de miles de ojos que en ese momento estaban todavía puestos en otra cosa.

—Recién llegado de Amsterdam, le damos la bienvenida a Viena, señor Rudolf Herter. Mañana por la noche leerá usted unos fragmentos de su gran obra *La invención del amor*, que aquí en Austria, como en tantas otras partes, ha sido recibida con enorme entusiasmo por los lectores. Se trata de una versión moderna de la leyenda medieval de *Tristán e Isolda*, una emotiva novela que pese a sus casi mil páginas a mucha gente le ha sabido a poco. ¿Podría ofrecerles a los telespectadores un breve resumen del argumento?

—No, no puedo, y le explicaré por qué.

Decenas de veces le habían formulado esa misma pregunta, y, versado como estaba en el oficio, sabía exactamente qué iba a responder: que el argumento no era lo más importante de una obra. Y, para demostrarlo, aduciría el ejemplo habitual: uno podía decidir escribir una obra dramática sobre un joven que, después de que su tío asesinara a su padre para luego casarse con su madre, se había propuesto vengar la muerte de su padre. Tal secuencia de hechos podría constituir la trama de un melodrama impresentable, pero, de llamarse el autor Shakespeare, el resultado es *Hamlet*. Lo esencial en el arte no era el qué, sino el cómo; en el arte la forma adquiría la categoría de contenido. Su libro era, en efecto, una variación sobre el tema de *Tristán e Isolda*, pero también habría podido derivar en una artificiosa novela gótica.

—Lo cual no es el caso —intervino Sabine—. Al contrario. Estamos ante el apasionante relato de dos personas cuyo destino no es encontrarse, pero que, debido a un malentendido fatal (que no pienso revelar), se enamoran locamente la una de la otra. Se engañarán, la vida las separará una y otra vez, pero siempre acabarán reencontrándose, hasta que al final, como consecuencia de otra serie de engaños y mentiras, acaban muriendo por amor.

—Vaya —contestó Herter con una sonrisa—. Al final ha sido usted quien ha resumido el argumento.

El alemán de Herter recordaba al que se hablaba antes de la primera guerra mundial. A pesar de sonar un poco anticuado, apenas tenía acento.

—Claro, lleva usted razón, el argumento en sí no significa gran cosa. Lo que interesa es la fantasía creadora que lo alimenta. ¿Lo he expresado bien?

—Puede usted decir lo que le plazca. La fantasía creadora… A decir verdad, el término «fantasía» no me acaba de convencer. Me sugiere una imagen de actividad, por ejemplo, un esquiador acuático surcando las aguas tras una ruidosa lancha motora, cuando debiera evocar todo lo contrario: un surfista que se desliza sobre el rompiente impulsado por las olas.

—¿Cómo debo llamarlo entonces? ¿Imaginación?

—Dejémoslo en fantasía.

—Me gustaría ahondar en esta idea. ¿Posee la fantasía creativa la naturaleza de los sueños?

—Sí, pero no exclusivamente. También posee la del entendimiento. No vaya usted a creer que, con esta afirmación, sigo los pasos de su honorable compatriota Sigmund Freud. Para él, los sueños, las fantasías, los mitos, las novelas y todo lo relacionado con la imaginación son objetos hacia los que se dirige el entendimiento. En cambio, yo opino que constituyen el entendimiento en sí.

—Me temo que no acabo de comprenderlo.

—Yo tampoco, pero hago lo que puedo. Lo que quiero decir es que la fantasía artística, sea de la naturaleza que sea, más que un concepto para ser comprendido, es un medio con el que se es capaz de comprender. Es decir, un instrumento. Lo que pretendo es darle la vuelta al asunto. Invertir los términos suele aportar nuevas ideas. Permítame que le ponga un ejemplo…

—Sí, claro.

Herter prosiguió con los ojos entornados:

—Imagínese un decorado realista, como los que hoy en día aún se ven a veces en la ópera. Por ejemplo: el mar, un pueblo de pescadores, las dunas. Estos elementos se reconstruyen en el teatro con toda clase de objetos reales, como arena, redes de pescadores, cubos oxidados. ¿Y qué ve el público? El decorado produce una impresión de realidad, sí, y sin embargo, bajo la luz artificial y el silencio del teatro, todos esos objetos reales se tornan irreales, adquieren una categoría artística. ¿Me sigue?

—La verdad…

—Bien. Lo intentaré de otra manera. —Herter reflexionó un momento; intuía que estaba a punto de realizar un hallazgo—. Piense usted en una persona real a la que le resulte difícil entenderla o a la que no entienda en absoluto.

—Rudolf Herter —respondió Sabine con una clara sonrisa en el rostro.

—La tarea le tocaría entonces a otro —replicó Herter, también con una sonrisa—, a usted, por ejemplo. No, no me refiero a un hombre cuyas palabras no entienda, sino a uno cuya personalidad y conducta le resulten incomprensibles. O una mujer, claro está. Imagínese que conozco a una mujer que me resulta un misterio…

—¿Conoce usted a una mujer así? —le interrumpió Sabine.

—Sí —dijo Herter pensando en la madre de sus hijas. En su cabeza empezó a tomar forma una idea, como una tormenta a punto de estallar—. Si no ando del todo equivocado en mi concepto de la fantasía, para poder comprender mejor a esa mujer habría que colocarla en una situación extrema, absolutamente ficticia, y a partir de ahí observar su comportamiento. A modo de experimento mental, o mejor dicho, imaginario.

—Pues me alegro de no ser yo esa mujer —dijo Sabine con un tono de inquietud en la voz—. No sé… eso de experimentar con personas… me suena un poco a cuento de terror.

Herter alzó los brazos. Al parecer, su entrevistadora le estaba viendo en esos momentos como una especie de doctor Mengele literario, pero se cuidó muy bien de no pronunciar ese nombre.

—¡Lleva usted razón! Someter a un ser querido a un experimento de estas características entraña algunos riesgos. Tal vez deba aplicarse únicamente a una persona muerta que te resulte incomprensible, alguien a quien detestes.

—¿Conoce usted también a una persona así?

—Hitler —replicó Herter sin pensárselo dos veces—. Hitler, naturalmente. Bueno, en realidad, no lo conozco. A propósito, otro compatriota suyo.

—Sí, y no nos hace mucha gracia que nos lo recuerden —añadió Sabine.

—Y, sin embargo, Hitler perdurará en la memoria de la gente durante siglos. Se le han dedicado cientos de miles de estudios de todos los géneros: políticos, históricos, económicos, psicológicos, psiquiátricos, sociológicos, teológicos, ocultistas y yo qué sé qué más. Ha sido interpretado y analizado desde todas las perspectivas imaginables; es el hombre que más tinta ha hecho correr. Con los libros que tratan de él se podría formar una hilera de aquí hasta la catedral de San Esteban, y sin embargo, de poco ha servido. No he leído todo lo que se ha escrito sobre él, pues una vida humana no bastaría para ello, pero, de haber existido alguien que hubiera propuesto una explicación satisfactoria de su personalidad, yo me habría enterado. Hitler continúa siendo un enigma sin resolver; y hoy más que nunca. Los innumerables intentos de interpretación de su personalidad no han hecho sino acentuar su invisibilidad, algo que a él, por cierto, le habría complacido en extremo. Para mí que anda muriéndose de risa en el infierno. Es hora de que esto cambie. Quizá podamos atraparlo con la red de la ficción.

—Se refiere usted a la novela histórica.

—No, no, la novela histórica es un respetable género que parte de unos hechos históricos a los que infunde vida de una manera más o menos plausible. Su compatriota Stefan Zweig era un maestro en este arte. A veces esas historias adoptan formas sensacionalistas, como sucede en todos esos libros y películas que reconstruyen la muerte del presidente Kennedy, si bien éstos persiguen la comprensión de un determinado hecho, no de una persona. Rolf Hochhuth, otro severo moralista, parte de la realidad social (como puede observarse en *El vicario*, una pieza teatral en donde se acusa al Papa de haber callado durante el Holocausto) para luego impregnarla de su fantasía. Pero yo estoy pensando más bien en un proceso contrario: partir de la realidad imaginaria (de un hecho inventado, altamente improbable, absolutamente ficticio pero no por ello imposible) para llegar a la realidad social. Creo que éste es el camino del verdadero arte: no de abajo arriba, sino de arriba abajo.

—¿No se ha aplicado ya este método al caso de Hitler?

—Sin duda. Pero yo no lo he hecho.

—Pues bien, estamos ansiosos por conocer su historia. Sabrá salirse del atolladero, de eso no nos cabe la menor duda.

—Siempre que los dioses me sean propicios.

—¿Cree usted en Dios?

—También Dios es una historia. Yo soy politeísta, un pagano, no creo en una única historia, sino en muchas. Y no solamente en la hebrea, también en la egipcia y en la griega. Si me permite el atrevimiento, yo tampoco me he quedado con una sola historia.

—¿Está usted preparando una nueva obra?

—Siempre lo estoy.

—¿Por dónde va?

—Aproximadamente por la décima parte, diría yo. Aunque eso no se puede precisar de antemano, y es preferible que así sea. De haber sabido que *La invención del amor* me iba a ocupar casi mil páginas, no habría ni empezado.

—¿Nos podría revelar algo de su nueva novela?

—Sí, pero no lo voy a hacer.

—Señor Herter, le deseo mucho éxito mañana, y le agradezco que nos haya permitido echar un vistazo entre bastidores.

—Al contrario, soy yo quien debiera estar agradecido. Me ha dado usted una idea.

3

—Estás muy callado esta noche —dijo Maria mientras subían en el ascensor después de haber disfrutado de la cena, el café y la tarta Sacher—. ¿Te sucede algo?

—Sí, me sucede algo.

Herter miró a Maria con expresión sombría. Ella comprendió que su inquietud tenía que ver con el trabajo, de modo que no insistió. Se habían bebido una botella de vino cada uno, es decir, demasiado. Aunque un exceso de vino en Viena no era lo mismo que un exceso de vino en Amsterdam. Herter continuaba buscando en su laboratorio literario un marco experimental ficticio en el que situar a Hitler para poder penetrar en su estructura, y le preocupaba no saber cómo enfocar el asunto. Sacó de su bolsillo un lápiz y colocó la tarjeta del director del hotel sobre el regazo. Debajo del logotipo del hotel impreso en la tarjeta —una S con una coronita circundada por una rama de laurel—, Herter escribió en letras mayúsculas:

HITLER

Se quedó abstraído mirando la palabra aunque sin leerla. Veía las seis letras como si fueran un dibujo, un icono. Al cabo de un minuto escribió debajo:

HELRIT
RELHIT

Miró su reloj, se encaminó al salón, encendió el televisor y buscó el canal.

—Dentro de cinco minutos, cuando me oigas en la tele, entenderás lo que me sucede.

Sentados en el sofá el uno al lado del otro, Herter y Maria se pusieron a mirar el final de un reportaje sobre una exposición de Durero: acuarelas de alas de pájaro con maravillosos colores. Herter fijó toda su atención en las imágenes; siempre que estaba inmerso en un proceso creativo, todo lo que veía o vivía era susceptible de convertirse en material literario. De repente se acordó de la pluma gris de paloma con la que de joven, en clase de dibujo, solía quitar del papel los restos de goma de borrar. ¿Habría usado Durero sus alas para este mismo fin? Alas, desplegar las alas, salir volando, libertad, Dédalo, Ícaro… y sin embargo, alas cortadas, arrancadas… No, la relación entre Durero y Hitler ya la había trazado Thomas Mann en su *Doktor Faustus*, de modo que por ahí no debía tirar.

Los créditos, la música: un fragmento de una sonata para piano de Schubert. Un segundo después, Herter estaba viéndose a sí mismo. Curiosamente, su persona en la pantalla no le miraba a él, sino a alguien a su lado, al lugar donde estaba sentada Maria.

—Recién llegado de Amsterdam, le damos la bienvenida a Viena, señor Rudolf Herter…

Herter estiró las piernas, colocó las manos con los dedos entrelazados bajo la nuca y se dispuso a escuchar su propio discurso acerca del *qué* y el *cómo* en el arte. Debería haber añadido que en la música, el arte por excelencia, no existe el *qué*, únicamente el *cómo*. Al oírse comentar en el programa que la fantasía no poseía la naturaleza de un esquiador acuático sino la de un surfista, le vino a la memoria una antigua idea que siempre había querido situar en algún lado, pero a la que aún no había sabido dar cabida. La idea de que después de la guerra, debido al desarrollo tecnológico, el silencio de la playa había sido reemplazado por un ruido permanente de lanchas motoras y radios portátiles, pero que, con el avance de la tecnología, había vuelto a imponerse el silencio anterior a la guerra. Nuevos materiales habían posibilitado el *windsurf*, condenando a la

desaparición al esquí acuático, y los *walkman* habían ido sustituyendo a las radios.

En ese preciso momento le estaban viendo en miles de casas austriacas. Su voz resonaba en todas las salas de estar, mientras que él estaba allí sentado en el sofá sin decir palabra. Un fenómeno normal que ya no sorprendía a nadie, aunque, bien mirado, era un verdadero milagro. Desde la infancia había mantenido intacta la capacidad de asombro. Es más, cuando pensaba en sí mismo, se veía como un niño y no como un hombre de más de setenta años.

—Imagínese que conozco a una mujer que me resulta un misterio…

—¿Conoce usted a una mujer así?

—Sí.

—Me refiero a Olga —le dijo Herter a Maria.

—¿En serio? —respondió Maria con una sonrisita irónica.

La fantasía como herramienta del entendimiento. La idea se la debía a Sabine.

—Hitler. Hitler, naturalmente.

Una vez concluida la entrevista, Herter quitó el volumen del televisor y preguntó a Maria:

—¿Comprendes a lo que me refiero?

—Sí, pero sólo porque te conozco.

—Pues celebremos la suerte de habernos conocido con otra botella de vino.

La botella de vino espumoso flotaba absurdamente en agua, de modo que Herter llamó al servicio de habitaciones para que trajeran otra cubitera.

—Sin embargo, hay algo que no comprendo —prosiguió Maria—. ¿Por qué Hitler? Dices que quieres instalarlo en una situación ficticia extrema, pero ¿cómo puedes inventarte tú una situación extrema que el propio Hitler no haya ya inventado y llevado a cabo? Si lo que buscas es un personaje al que no comprendes, te convendría elegir a uno más moderado. ¿No crees que puedes encontrar a alguien así?

—Eso quisiera Hitler. Así se saldría con la suya una vez más. No, sólo me interesa él, precisamente por ser el personaje más extremo de la historia universal. —Herter encendió una pipa y presionó ligeramente la brasa con

el dedo índice—. Aunque, en realidad, tienes razón, has dado con el problema. Y eso es precisamente lo que me preocupa. Hasta ahora no he logrado avanzar más allá de una escena. Sabemos que Hitler no visitó jamás un campo de concentración, y menos un campo de exterminio. Ese tipo de actividades las delegaba en Himmler, el jefe de las SS y de la policía. Imaginémonos que Hitler decidió un día acercarse a Auschwitz para ver con sus propios ojos el gaseamiento diario de miles de hombres, mujeres y niños en cumplimiento de sus órdenes. ¿Cómo habría reaccionado ante esa imagen? Pero, en tal caso, necesitaría cambiarle el carácter, porque él nunca hizo algo semejante, y aun así me resultaría imposible comprenderle.

—¿Era demasiado cobarde para eso?

—Cobarde…, cobarde… La cosa no es tan sencilla. En la primera guerra mundial, siendo ordenanza, fue condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase por su valor en combate, algo poco usual para un cabo. Nunca se quitó la insignia. Se la impuso un oficial judío, por cierto. Parece ser que destacó por su valor, pero, que yo sepa, nunca hizo ningún comentario al respecto. Sospecho que a Hitler le gustaba que la sangre corriera sin cesar y sentirse el autor de todas esas decenas de miles de muertes diarias en los campos de concentración, en los frentes, en los territorios ocupados y en la propia Alemania. Ahora bien, él no quería presenciarlo. Tampoco llegó a visitar nunca una ciudad alemana bombardeada, tarea que encomendaba a su siniestro paladín, Goebbels. Cuando cruzaba en tren una ciudad en ruinas, ordenaba correr las cortinas. Creo que quería ser el ojo del ciclón. Los huracanes lo destruyen todo a su alrededor, pero en el interior del ojo hace un tiempo excelente y el cielo es azul. Símbolo de ello fue su residencia de verano, el Berghof. Fue ahí donde tramó todas sus atrocidades, y sin embargo, nada de ello penetró en aquel paraje idílico.

—Pero ¿por qué quería que la gente muriera en masa a su alrededor?

—Tal vez creía conjurar así su propia muerte. Mientras fuera capaz de matar, estaba vivo. Tal vez fuera su propia muerte lo único que le inspiraba verdadero temor. Tal vez confiaba en alcanzar la inmortalidad mediante aquellos ingentes sacrificios humanos. Y, en cierto sentido, así ha sido.

—¿No significa eso que ya has alcanzado tu objetivo? Todo lo que me estás contando lo has comprendido mediante tu fantasía, ¿o no?

Herter depositó su pipa en el cenicero y movió la cabeza afirmativamente.

—Algo de eso hay. La comprensión de un fenómeno a partir del absurdo. Bien, déjame pensar. He dado un paso, lo que significa que la idea es fecunda. Pero, además, quisiera encontrar algo que no se oponga a la naturaleza de Hitler, algo que hubiera podido ocurrir de verdad pero que no ocurrió, al menos que sepamos.

—Lo conseguirás.

—Si alguien lo ha de conseguir, seré yo —asintió Herter mirando a su amiga con una sonrisa—. Puede que sea ésta la razón de mi vida.

Maria arqueó las cejas.

—¿Significa eso que tú también estás al servicio de Hitler?

A Herter se le ensombreció el rostro; cruzó los brazos y fijó la mirada, sin ver nada, en las imágenes sin sonido de la pantalla del televisor. Ese comentario era justamente el que hubiera deseado no oír. También Sabine se había percatado del carácter mórbido de su experimento. Pero Herter sentía que había llegado demasiado lejos como para librarse de él. «De perdidos, al río», pensó; siempre estaba a tiempo de echarse a nadar.

Una joven, con un delantal tan blanco como la inocencia austriaca, entró en la habitación portando el hielo. Introdujo los cubitos tintineantes en la cubitera, descorchó la botella, y, a continuación, se dirigió al dormitorio donde preparó la cama para la noche. En presencia de la chica, Herter y Maria guardaron silencio, como si estuvieran tratando asuntos altamente secretos que nadie podía oír, ni siquiera una persona que no entendía su idioma.

—En realidad —dijo Maria cuando el picaporte de cobre se alzó suavemente—, todo lo que tienes se lo debes a tu fantasía, es decir, a algo que no existe en el mundo real.

—Excepto Olga y tú. Aunque… quién sabe, puede que vosotras también seáis producto de mi fantasía. Mis hijos son los únicos que no lo son.

—Anda ya —dijo María—. Qué dices. Ellos también lo son.

—Sí, claro —repuso Herter echándose a reír mientras le daba unas vueltas a la botella en la cubitera—. Basta de tonterías. Yo también lo soy.

—¿Y de dónde te viene la fantasía? En ti es algo muy normal, pero la mayoría de la gente carece completamente de imaginación.

Herter se encogió de hombros.

—Una tara genética. Como todo el mundo, yo soy, antes que nada, un fenómeno natural. En mi caso, también puede haber influido el hecho de ser hijo único. Solía pasar mucho tiempo solo. Mis padres eran inmigrantes con pocas relaciones y menos con holandeses. La vida en mi casa era muy diferente a la de las familias holandesas. A mis amigos les decían en su casa: «Acábate el plato». En cambio, a mí mi madre me había enseñado que era conveniente dejar algún resto de comida en el plato —una patata, por ejemplo— porque, de lo contrario, uno podía parecer hambriento y eso no quedaba nada fino. Como me sentía diferente a los demás, fui creando mi propio mundo. Hijo de padres divorciados, eso posiblemente influyó también. Una combinación de muchos factores. En cualquier caso, nunca he sufrido por ello. En realidad, no me importaba ser distinto a los demás. Eran los demás los que querían ser como yo, y lo mismo sucedió más adelante.

Maria se percató del tono de contrariedad en su voz. Mientras escuchaba a Herter, había estado mirando la televisión con el volumen apagado. En esos momentos tomó en sus manos el mando a distancia y subió el volumen. Algo irritado porque su amiga había interrumpido la conversación de esta manera, Herter también se puso a mirar el reportaje sobre la naturaleza. Unos buitres atacaban un rebaño de búfalos bajo un amenazador cielo africano. La voz del comentarista explicaba que los buitres iban a la caza de un ternero, al que primero separaban de la madre. El ternero buscaba a su madre con una expresión de pánico en los ojos y, un instante después, era atacado y despedazado. Al ver esto, Herter dijo con la cara crispada:

—¿Es necesario, Maria?

Como ella tardó en reaccionar, Herter le quitó el mando a distancia que tenía en el regazo y apagó el televisor.

Maria se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Qué significa esto?

—No quiero verlo.

—Pues yo sí. No montes el numerito; la naturaleza es así. Dame el mando.

Herter se lo guardó en el bolsillo.

—No tengo por qué ver este tipo de espectáculos para saber que la naturaleza es un completo fracaso. —Herter señaló con el dedo la pantalla gris—. Lo que tendría que haber hecho el realizador es depositar su cámara en el suelo y salvar al ternero. Pero no: ¡oh, sí! Qué bonito, qué bonito, qué bonito… debió de pensar el hombre.

—Me voy a la cama —dijo Maria poniéndose de pie—. No tengo ganas de discutir.

Herter cerró los ojos y suspiró. Ni siquiera Maria acababa de comprender quién era él. En realidad eso no le molestaba, más bien lo vivía como una confirmación. Por suerte, Maria no encendió el televisor del dormitorio. Como había dejado la puerta abierta, Herter pudo ver que se desnudaba intentando evitar su mirada, aunque supiera que la estaba mirando. De regreso del cuarto de baño, Maria se acostó tapándose con el enorme edredón que la tornó invisible para él y se puso a leer un libro que había traído de Amsterdam sobre los problemas de los niños superdotados.

Herter dejó el mando a distancia sobre la mesa, sirvió dos copas de vino y se sentó en el borde de la cama. Mientras brindaban, se miraron unos instantes en silencio, la mano libre de Herter reposando sobre la cadera de Maria. Maria depositó su copa sobre la mesilla de noche, colocó su mano sobre la de Herter y dijo:

—Olvidé contarte una cosa. Marnix me preguntó ayer de repente quién era Hitler. El niño había oído campanas sobre el asunto. Le di unas cuantas explicaciones y entonces él me dijo: «Hitler está en el infierno. Pero, como es un hombre malo que se divierte haciendo fechorías, el infierno es para él el cielo. En el cielo viven todos los judíos, lo que significa que para Hitler el cielo es el infierno. De modo que, como castigo, Hitler debería estar en el cielo». ¿Qué te parece? Siete años. Aún aprenderás algo de tu propio hijo.

4

Entre lamentos y quejas de que no había elegido el oficio de escritor para crear obras inmortales, sino para poder dormir por las mañanas todo lo que le pidiera el cuerpo, Herter se levantó al día siguiente a las ocho de la mañana. Faltaba una hora para su primera entrevista; la botella de espumoso estaba bocabajo en la cubitera flanqueada por otra media botella del minibar. La velada se había prolongado hasta tarde, no habían apagado la luz antes de las cinco de la madrugada. Herter maldijo al cicerone preñado que le había concertado todas esas citas a primera hora, pero, tras la ducha y el desayuno servido en la habitación, se sintió algo mejor. Cuando el primer periodista llamó a la puerta, Maria salió para ir al Museo de Historia del Arte.

Tanto el periodista de las nueve, como el de las diez y el de las once —cada cual con su respectivo fotógrafo— le habían visto la noche anterior por televisión. Sus primeras preguntas se referían a *La invención del amor*, que al parecer habían leído de verdad. Herter procuraba no responder siempre lo mismo. Aunque fuera inevitable caer en la repetición, no debía suceder en el mismo lugar ni en el mismo momento. Mientras hubiera suficiente distancia en el espacio y en el tiempo, no había problema, porque nadie se lo leía todo. Sólo él sabía que tal o cual cosa ya la había afirmado espontáneamente en Amsterdam, París o Londres. Tras preguntarle por su novela, los tres periodistas se mostraron interesados por la idea que Herter había dejado caer en la entrevista televisiva, la de colocar a Hitler en una situación ficticia para intentar comprender su naturaleza. Eso no le hizo mucha gracia a Herter, porque sabía que muchos de sus colegas tendían a actuar como ladrones y rateros, dispuestos a robarle el material al menor descuido. Así que, para desanimarlos, relativizó la idea con el argumento

que le había señalado Maria: la imposibilidad de inventar una situación más extrema que la que el propio Hitler había materializado.

A las once y media Herter puso fin a la última entrevista. Estaba harto, tenía ganas de salir. En la acera delante del hotel respiró a fondo el aire frío. Hacía viento. Con el cuello del abrigo levantado y el cabello ondeando al viento enfiló la lujosa calle comercial en dirección a la catedral de San Esteban. Ni siquiera en ese momento lograba quitarse a Hitler de la cabeza. Cien años atrás, siendo todavía un pelagatos de ropas raídas con el alma desgarrada por ideas feroces, Hitler caminó por esa misma calle en dirección a la ópera con el propósito de hacer cola para adquirir una localidad sin asiento en la platea para *El ocaso de los dioses*. Tal vez se hubiera cruzado por la calle con un elegante oficial de su edad —el sable decorativo de puño labrado a un costado del cuerpo, el monóculo encastrado en un ojo, en el bolsillo los *Aforismos sobre el arte de saber vivir* de Schopenhauer— que se dirigía a una cita galante en el Sacher: el padre de Herter. Tal vez Hitler clavara en él, por un instante, sus fanáticos ojos. Llegado a la catedral, Herter dobló a la izquierda y desembocó en el Graben. Esta calle, muy ancha y con aspecto de plaza, era dominada por la Columna de la Peste, de decenas de metros de altura, levantada en el siglo XVII para agradecer a Dios la liberación de la peste, lo cual significaba, pensó Herter, que la epidemia había sido obra del diablo. Herter se detuvo y recorrió con la mirada la construcción barroca que serpenteaba hacia el cielo como un ciprés de bronce. Evidentemente, no era Dios quien había logrado acabar definitivamente con la peste, sino Alexander Fleming, el descubridor de la penicilina: éste era el que se merecía un monumento del tamaño de la basílica romana de San Pedro. Herter reanudó el paseo y le vino a la memoria *La peste* de Camus, novela en la que la enfermedad representaba la Muerte Negra del nacionalsocialismo. La epidemia de peste del siglo XVII segó la vida de treinta mil vieneses, pero la peste hitleriana de seis años de duración y sus consecuencias había matado a doscientos mil. ¿Por qué no apareció en aquella ocasión un Fleming capaz de desarrollar un antibiótico contra esa enfermedad contagiosa? ¿Y dónde estaba el monumento conmemorativo a los médicos aliados de 1945?

—*Germanski niks Kultur* —masculló Herter.

Herter regresó al hotel por varias callejas angostas. Algunas personas con las que se cruzaba le reconocían por su reciente aparición en la televisión. El automóvil de la embajada les recogería en diez minutos para llevarles a la comida ofrecida por el embajador. Mientras telefoneaba en recepción a Maria para avisarla de que la esperaba abajo, vio salir del ascensor a un célebre director de orquesta, Constant Ernst, que en Holanda apenas actuaba ya, y al que sólo conocía de vista. El músico se sentó en una butaca, colocó un periódico sobre sus rodillas y empezó a liar un cigarrillo de una manera típicamente holandesa, sin mirar lo que hacía. Un instante después se saludaron cortésmente con una inclinación de cabeza.

El conductor del bigote apareció en el vestíbulo al mismo tiempo que Maria y les buscó con la mirada. La situación se aclaró cuando Ernst hizo también un gesto y se puso de pie. Herter y Ernst, sonriendo, salieron al encuentro el uno del otro y se tendieron la mano.

—Creo que no es necesario que nos presentemos —dijo Ernst.

—Somos los dos últimos holandeses que todavía no se conocían personalmente.

Ernst tenía una sonrisa franca y un brillo de curiosidad en los ojos tras sus gafas metálicas. Era diez años más joven que Herter, delgado de constitución, y vestía con cuidado desaliño. A pesar del bigote y el cabello gris enmarañado que le caía sobre la frente, su aspecto era juvenil. En el coche, sentado junto al conductor, Ernst comentó que estaba ensayando *Tristán e Isolda* con la Filarmónica de Viena.

—Mejor imposible —dijo Herter y le dirigió una mirada a Maria moviendo ligeramente la cabeza—. Esta noche doy una conferencia.

Ernst no hizo ninguna referencia a *La invención del amor* y Herter no le preguntó si había leído su libro, pues eso no se lo preguntaba nunca a nadie, ni dejaba que Maria lo hiciera.

La residencia de la embajada se hallaba en una zona señorial, junto al Belvedere, lindando con el jardín botánico. El embajador y su esposa, los Schimmelpenninck, los recibieron de pie, como un solemne retrato viviente, en el salón lujosamente amueblado: él, un caballero entrado en carnes, enfundado en un traje azul marino de finas rayas blancas; ella, una señora vestida con sencillez que lucía el tipo de sonrisa que se transmite de madres

a hijas a lo largo de generaciones. A los pies del matrimonio yacía un perro bonachón, sin forma alguna, que había infringido todas las leyes de la raza. La señora del embajador dijo que *La invención del amor* era una de las novelas más bonitas que jamás había leído. El elogio sonaba sincero.

—Pero debemos confesarle algo terrible, señor Herter —añadió la señora, señalando al perro—. *Kees* ha enterrado su libro. Aquí, en el jardín.

Herter se agachó y acarició la cabeza de *Kees*.

—Eres un judío ortodoxo, ya lo había advertido.

—¿Cómo dice?

—Los judíos devotos nunca tiran los viejos libros religiosos, tampoco los venden; los entierran. Ellos saben cómo.

Ernst se disculpó por no haber tenido aún ocasión de leer *La invención del amor* debido a su ajetreada vida, y Schimmelpenninck acudió en su ayuda diciendo que habían conseguido entradas para su estreno de la semana siguiente. ¡Wagner! Herter, con un brillo de ironía en los ojos, le preguntó a Ernst si no había iniciado su carrera de director con la moderna Escuela de Viena, con Schönberg, Webern y Alban Berg. Ernst se echó a reír y contestó que sí, que seguía dirigiéndolos, pero que tal vez la modernidad arrancaba de Wagner.

—No bebas demasiado —susurró Maria cuando Herter tomó una copa de vino blanco de la bandeja que le tendía una camarera asiática.

—La bebida alarga la vida.

Schimmelpenninck, que había visto a Herter la noche anterior por la televisión, se sentía intrigado por su comentario sobre Hitler.

—¿Qué dijo? —inquirió Ernst.

—El señor Herter tiene la intención de enfrentarse con Adolf Hitler —respondió Schimmelpenninck sin pestañear—. Va a armarse una buena, que tiemble el Führer.

En cuanto el embajador empezó a dar explicaciones, su esposa y Maria aprovecharon la ocasión para ir a admirar a los maestros de la pintura del siglo XVII, cedidos por el Rijksmuseum. «Las mujeres de hoy en día no se interesan por Hitler», pensó Herter; cuán diferente fue en otros tiempos.

Cuando el embajador acabó de hablar, Herter intervino diciendo que lo que convertía a Hitler en la figura dominante del siglo XX era precisamente

su naturaleza enigmática. Stalin y Mao compartían con Hitler la condición de genocidas, pero no eran en absoluto enigmáticos, y por ello habían inspirado muchísimos menos libros. La historia universal estaba plagada de personajes de esa calaña; existían en el presente y seguirían existiendo siempre, pero, como Hitler, no había habido nadie. Hitler no tenía parangón, fue la criatura más enigmática de todos los tiempos. Por esta razón, el fascismo de Mussolini o Franco resultaba relativamente insignificante comparado con el nacionalsocialismo. Sería una satisfacción poder despedirse del siglo XX con una última palabra sobre el dictador, como una especie de *Endlösung der Hitlerfrage*[3].

—A propósito —añadió Herter mirando a Ernst—, no se lo tome como algo personal, pero puede que un director de orquesta sea el ejemplo más puro de un dictador.

—Diga tranquilamente de un tirano —contestó Ernst risueño mientras liaba un cigarrillo—. Si el director no ejerce de tirano, sobreviene el caos.

—La palabra «director» —prosiguió Herter— es prácticamente sinónima de *führer*. El director dirige la orquesta, exige obediencia total y se caracteriza por darle la espalda al público. Es el último en subir al escenario, enseña la cara un instante, recibe el aplauso, le da la espalda al público y luego procede a impartir su retahíla de órdenes. Al término de la representación, vuelve a enseñar un momento la cara, se deja ovacionar y es el primero en retirarse.

—Todo esto me resulta vagamente familiar —dijo Ernst pasando la lengua por el papel de fumar.

—Sólo que Hitler nunca llegó a dar la cara. Fue un director de orquesta que le daba la espalda al público mientras subía al escenario y que no se daba la vuelta ni siquiera al término del concierto. Lo que yo quisiera es situar a Hitler frente a un espejo ficticio, o algo parecido, para que podamos verle la cara. Aunque todavía no sé cómo hacerlo.

—¿No teme a veces que sus ideas se queden en agua de borrajas?

—Sí, con frecuencia no conducen a nada, pero eso es algo que no me preocupa. Si no es una idea, será otra.

—Demuestra usted una gran confianza en sí mismo. Resulta envidiable.

—Si se carece de esta virtud, no se llega muy lejos en el arte.

Ernst comentó que el espejo ficticio al que se había referido Herter le traía a la memoria una de las experiencias más curiosas de su vida sucedida quince años atrás, durante un ensayo de una sinfonía de Mozart en la sala Felsenreitschule de Salzburgo. Los músicos no estaban aquel día muy inspirados y él debía intervenir continuamente para hacerles repetir ciertos pasajes. Pero, de repente, empezaron a tocar maravillosamente bien, todos al unísono, tanto que no daba crédito a lo que oía, como si no fuera él quien los estuviera dirigiendo a ellos, sino ellos a él. Entonces percibió en los ojos de los músicos que algo sucedía a sus espaldas. Se dio la vuelta y ¿qué vio? Ahí estaba el mismísimo Herbert von Karajan, de pie en el umbral de la sala vacía, escuchando el ensayo.

—Una historia como ésta —dijo Herter moviendo la cabeza— me arregla el resto del día.

—¿Y quién está en su umbral, señor Herter? —preguntó Schimmelpenninck ladeando la cabeza.

Herter le miró sorprendido. ¡Una buena pregunta! ¿A quién debía mencionar? ¿A Goethe? ¿A Dostoievski? Tuvo la sensación de que había un tercer hombre.

—No sé qué decirle ahora mismo. Si yo fuera un epígono, la respuesta sería fácil.

—Tengo la impresión —intervino Ernst— de que es usted el que está en el umbral de algunos escritores.

—Así les libero de mucho trabajo.

Los tres hombres habían estado conversando de pie y se encaminaron al comedor. A Herter le tocó sentarse al lado derecho de la señora Schimmelpenninck, Maria a la derecha del embajador. La cubertería de plata lucía el escudo nacional de los Países Bajos.

—Qué casualidad —observó la señora Schimmelpenninck mientras la servían—. El señor Herter escribe una novela sobre el tema de Tristán e Isolda, el señor Ernst dirige *Tristán e Isolda*, y ambos están sentados a nuestra mesa.

—No es ninguna casualidad, querida —puntualizó Schimmelpenninck —. Todo lo contrario. El señor Herter ha vuelto a salirse con la suya.

—*Je maintiendrai* —exclamó Herter señalando el lema del escudo en el plato.

El embajador alzó su copa.

—Esto merece un brindis.

Después de que Ernst hiciera un comentario elogioso de la casa, Schimmelpenninck explicó que en ella había vivido Richard Strauss, lo cual no era naturalmente una casualidad. Herter miró a su alrededor, como tratando de descubrir el espíritu del compositor. En ese mismo lugar estuvieron sentados Strauss y Hugo Hofmannsthal comentando el libreto que éste escribió para *La mujer sin sombra*. El propio Herter también había escrito libretos de ópera, conocía ese tipo de conversaciones; eran como las de un matrimonio, con el compositor en el papel de la mujer.

—Strauss es también impensable sin Wagner —observó Ernst.

Herter le preguntó, con una mirada inquisitiva:

—¿Cuál es el secreto de Wagner?

—Su cromatismo —replicó el director de orquesta sin dudarlo ni un segundo. De repente se sentía en su elemento—. En cierto sentido, la obra de Wagner preludia la dodecafonía de Schönberg. Su infinita melodía nunca se resuelve en la tónica, como en todos los compositores anteriores, sino que la pasan rozando, y eso es lo que confiere a su música ese carácter embriagador: el intenso deseo imposible de aplacar, el aplazamiento constante de la satisfacción.

—Una especie de *coitus interruptus* musical, entiendo —dijo Schimmelpenninck.

—Contrólate, Rutger —dijo su mujer.

—No tengo la menor intención de controlarme.

—Su marido tiene toda la razón, señora. La solución final armónica no se produce en *Tristán* hasta el final, con la muerte liberadora, cuando una bandera negra ondea en el escenario. En realidad, sólo existen tres óperas en el mundo. La primera, el *Orfeo* de Monteverdi; la segunda, el *Don Giovanni* de Mozart. Wagner fue un individuo abyecto, un antisemita de primer orden, sí, pero con su *Tristán* compuso la tercera.

—La solución final armónica… —repitió Herter despacio mirando la carne roja que tenía en el plato. No iba a poder comer ni una cuarta parte de

esa carne, porque le extrajeron el estómago en una operación un tiempo atrás. Alzó la mirada—. *Harmonische Endlösung*[4], podría decirse también. El nacimiento de la tragedia desde el espíritu de la música.

5

—Es el título de un libro que Nietzsche escribió de joven en homenaje a Wagner —dijo Herter de regreso a la habitación del hotel, mientras se quitaba la chaqueta—. Nietzsche se refería a otra cosa, pero yo lo interpreto ahora a mi manera. —Se aflojó la corbata y, con la voz entrecortada, añadió —: La verdad, no sé en qué lío me estoy metiendo. Puede que todo esto no tenga ni pies ni cabeza.

—Estás un poco pálido.

—Es como si cargara yo solo con todo el peso del siglo XX. Creo que voy a echarme una siesta. Quizá me aporte alguna nueva idea.

—Llama antes a Marnix, por favor —le pidió Maria mientras le colgaba la chaqueta—. Es miércoles, está en casa ahora. Ayer me preguntó por ti.

Sentado en el borde de la cama, Herter llamó al número de teléfono de Olga, su mujer. Nada más oír su voz, supo que Olga tenía el día bueno. Su voz sonaba como una clara mañana de primavera, aunque habría podido ser una brumosa tarde de noviembre. La pareja actual de su mujer, un cardiólogo, tampoco comprendía nada de ella. Un día hasta le dijo a Herter que la Universidad de Amsterdam haría bien en crear una cátedra de Olgalogía. Mientras se quitaba los zapatos, Herter le contó a Olga cómo iban las cosas por Viena, lo que ella escuchó con paciencia pero sin excesivo interés. A continuación se puso al teléfono su hijo, el cual fue inmediatamente al grano:

—Papá, cuando me muera quiero que me incineren.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no quieres que te entierren?

—Porque quiero que introduzcan mi ceniza en el reloj de arena que tienes en tu cuarto de trabajo. Así se puede ser útil a lo largo de los siglos.

Herter enmudeció, perplejo.

—¿Papá?

—Sí, estoy aquí. En tal caso sería un reloj de ceniza.

—¡Sí! —respondió Marnix echándose a reír.

—Pero aún te falta mucho para morir. Tú vivirás ciento diez años, conocerás el siglo XXII. Seguro que los médicos sabrán entonces cómo prolongar la vida.

—¡Esos médicos aún no han nacido siquiera!

—Así es. Les toca esperar un poco.

La conversación se alargó unos minutos más, pero Herter ya estaba con la cabeza en otra parte. Después de colgar el teléfono, le contó a Maria el comentario de Marnix sobre la ceniza.

—A quién habrá salido el muchacho… —respondió ella mirándole con el rabillo del ojo.

—Dice un proverbio chino: las personas mayores hablan de ideas; las de mediana edad, de sucesos; los jóvenes, de personas. Es evidente a qué categoría pertenece Marnix.

—Esperemos que eso no le complique la vida.

Herter se quedó mirando la alfombra con gesto pensativo.

—En la literatura también intervienen estas tres categorías, aunque la de las ideas suele escasear.

Herter se tumbó en la cama, desconectó su audífono y clavó la mirada en el techo. Repitió despacio las palabras de Marnix:

—Así se puede ser útil a lo largo de los siglos…

—¿Qué dices?

—Repito lo que me ha dicho Marnix. Así se puede ser útil a lo largo de los siglos. Anota la frase, por favor. Puede que algún día me sirva para algo.

Mientras Maria hacia lo que le acababa de pedir, Herter cerró los ojos. Pudiera ser que Marnix alcanzara el siglo XXII, pero un día él también moriría, y los vivos medirían eternamente el tiempo con su ceniza. El reloj de ceniza erguido en símbolo del infinito matemático. Eterno, infinito… todo eso iba para largo, en realidad el mundo entero iba para largo, tanto en el tiempo como en el espacio. Dentro de cien años el mundo sería irreconocible, probablemente aún más que el mundo de hoy para la gente de cien años atrás. ¿Y cómo será dentro de mil años? ¿Y dentro de diez mil?

¿Y de cien mil? Resulta casi imposible imaginar que pueda llegar alguna vez ese momento, y sin embargo llegará. Dale otra vuelta al reloj de ceniza. ¿Un millón de años? ¿Cien millones? Sigue contando. La paciencia de los números es infinita. Dentro de cuatro o cinco mil millones de años puede que llegue el día en que el Sol se expanda hasta adquirir las proporciones de un gigante rojo que engulla la Tierra para luego reducirse lentamente a carbonilla. Después de esto, no habrá más días, pero dará igual, pues para entonces el ser humano habrá colonizado las regiones más profundas del universo o, cuando menos, habrá asentado ahí todo lo creado por él. Quién pudiera ahora, aproximadamente a la mitad de la vida del sistema solar, avistar por un momento, con la clarividencia del presente, los abismos del pasado y del futuro. Pero ¿cómo alcanzar ese momento?

Herter abrió los ojos un segundo, como para cerciorarse de que seguía en el mismo sitio: en el presente, en Viena, en el Sacher. Maria, sentada en una butaquita junto a la ventana, se limaba las uñas; la imagen se fijó en la retina de Herter como una foto. *Maria limándose las uñas; tiempo de exposición: 1 segundo*.

Herter pensó en Constant Ernst, que había consagrado su vida a la música. En otros tiempos, la música había significado para Herter más que la literatura, pero eso se acabó el día en que tuvo que sacrificar parte de su oído en el altar de la revolución. En 1967 visitó Cuba con un grupo de artistas e intelectuales europeos, acontecimiento este sobre el que proyectaba escribir un libro. Con motivo de la conmemoración del fracasado golpe revolucionario de Castro del 26 de julio de 1953, el día 25 todo el grupo fue trasladado en avión a Santiago, al este del país, en la calurosa provincia de Oriente. Al amanecer, le despertó un ensordecer estampido de cañones. Por un momento creyó que había comenzado la invasión estadounidense, pero resultaron ser unas salvas de saludo, veintiséis para ser precisos, disparadas por una batería antiaérea apostada junto al edificio en que se alojaban. Los oídos le zumbaron durante horas, y, tres días después, la noche en que cumplía cuarenta años, descubrió para su asombro que había adquirido poderes mágicos sobre la naturaleza. En cuanto se echaba sobre el costado derecho, oía el imparable concierto de miríadas de grillos en la noche tropical, que se callaban en el acto al darse

la vuelta. Veinte años después, cuando también su oído izquierdo sufrió daños a causa de la explosión de unos fuegos artificiales durante una gélida Nochevieja, su capacidad auditiva quedó definitivamente mermada. Desde entonces, escuchar música dejó de ser un placer, tanto como lo había dejado de ser la comida.

—Así se puede ser útil a lo largo de los siglos… —repitió Herter en voz baja con los ojos aún cerrados.

En Cuba estuvo para restablecerse de la enfermedad de Eichmann, a cuyo juicio en Jerusalén había asistido cinco años atrás, suceso este sobre el que sí escribió un libro. Durante semanas, día tras día, escuchó las terroríficas historias de los judíos supervivientes de los campos de exterminio, mientras que el jefe de escenografía de la tragedia parecía enloquecer en su jaula de cristal. El superior de Eichmann, Himmler, jefe de las SS, hacía ya años que se había suicidado, al igual que hizo en su día el autor de ese genocidio cromático, maestro inspirado en el arte de las matanzas, con quien Herter se acababa de topar de nuevo, ojalá que por última vez. Lo absurdo para Herter era que no sólo no disfrutaba realmente de *Tristán e Isolda* o de *El ocaso de los dioses*, sino tampoco ya del *Arte de la fuga.*… Hitler…, desde su cuna hasta su inexistente tumba no hizo sino acrecentar la felicidad de los demás. En un principio, al nacer, sólo hizo felices a sus padres; más adelante colmó de felicidad a todo el pueblo alemán, y luego, al austriaco; y, a su muerte, la humanidad entera no cupo en sí de felicidad. «Debería anotar esta idea o mandar que alguien la apuntara, —se dijo Herter—, porque podría olvidarla», pero la pereza ya se había apoderado de él. Tras calcular un poco, descubrió que Hitler llevaba muerto casi los mismos años que los que él tenía de vida… Una vez desaparecido el sistema nazi, Alemania y Austria se constituyeron en Estados razonablemente administrados, mientras que en Rusia la desaparición del sistema soviético llegó a provocar una anarquía de tintes surrealistas. A dos pasos, en los Balcanes, las matanzas volvían a estar a la orden del día, si bien realizadas a la antigua usanza preindustrial, con unos métodos que hasta el propio Hitler habría despreciado; con todo, esas matanzas convencionales caerían en el olvido en pocos años. ¿Qué quedaba más lejos? ¿Las sangrientas matanzas en Yugoslavia o la exterminación en

masa de seres humanos en Auschwitz? Desde Viena se llegaba a los Balcanes en tres cuartos de hora, pero los cincuenta y cinco años de distancia entre el presente y la segunda guerra mundial eran ya imposibles de salvar. A pesar de todo, Herter sentía esa guerra muy cerca todavía, a la vuelta de la esquina del tiempo… Empezaba a pertenecer a la última generación de personas que conservaban nítidos recuerdos de la guerra, insignificantes si se comparaban con aquellos que vivieron experiencias traumáticas, pero aun así impregnados de esos invisibles gases venenosos que, desde la erupción volcánica del nacionalsocialismo, flotaban por todos los rincones de Europa. Una noche, justo después del toque de queda, se ve a sí mismo regresando a casa por una calle oscura, caminando de puntillas, arrimándose contra las casas para pasar inadvertido: el alumbrado público está apagado, las luces en el interior de las casas también. No se oye ni una mosca en la ciudad. Entonces, bajo la luz de las estrellas, en un cruce, ve a lo lejos a dos guardias con sus cascos y sus carabinas —holandeses al servicio de los alemanes— charlando y caminando a paso lento de un lado a otro. Se esconde en un portal y se queda inmóvil, asustado, respirando con la boca abierta sin apenas hacer ruido, su corazón latiendo con fuerza… Eso fue la guerra para él. Así es como uno regresaba a casa de noche. Una faceta microscópica de lo que aquella misma noche estaba teniendo lugar en otros lugares: en los campos de concentración, en los sótanos de la Gestapo, en las ciudades bombardeadas, en los frentes, en el mar, en el aire; y, sin embargo, ese miedo, por insignificante que fuera, y la oscuridad y el silencio de aquel momento también formaban parte de la gigantesca corriente de lava de destrucción expulsada por el cráter de Hitler que anegó todo el continente, una experiencia imposible de explicar a las nuevas generaciones… Hitler. Esa criatura fracasó absolutamente en todo, primero como artista en Viena, luego como político en Berlín; quiso acabar con el bolchevismo, pero consiguió atraerlo hasta el corazón de Alemania; quiso exterminar a los judíos, pero sentó las bases del Estado de Israel. Lo que sí logró fue arrastrar a la muerte a veinticinco millones de personas; tal vez fuera eso su verdadera ambición. De haber dispuesto de un medio para hacer volar la tierra por los aires, sin duda lo habría empleado. La muerte fue la tónica de su ser. ¿Se ocultaba en ese mortal algún ápice de amor por

la vida? ¿Acaso llegó a sentir algo por su perro favorito? ¿O por Eva Braun, con quien, al fin y al cabo, contrajo matrimonio justo antes de morir? ¿Qué clase de equipo de laboratorio podía montar Herter para someter a su personaje a alta presión y obligarle así a mostrar la cara?… Un espejo, le había dicho a Ernst. Una máquina provista de un espejo… La respiración de Herter se hace más lenta. Está sentado al lado de Olga en la orilla de un gran río; ella le enseña unas fotos, pero a él le deslumbra la fuerte luz del sol reflejada en el agua… De repente, un hombre y un muchacho le secuestran violentamente… Cuando ve la habitación en que van a encerrarle, Herter grita: «¡Sí, aquí quiero vivir!»… Su reacción confunde a los secuestradores, pero éstos ya no pueden dar marcha atrás. Ahora los prisioneros son ellos…

6

—¿Te has preparado un poco la conferencia? —preguntó Maria en el ascensor.

—Claro que sí. ¿No viste que dormía?

—¿Has traído el libro?

—Tendrán algún ejemplar ahí.

A las seis había quedado citado en la cafetería del Sacher, para una conversación preliminar, con la señora Klinger —presidenta del ateneo literario austriaco organizador del acto— y un crítico, un joven muy serio, que dijo llamarse «Marte». El joven llevaba el pelo corto, un zarcillo en el lóbulo de la oreja izquierda y una especie de zurrón repleto de papeles colgado del hombro. Herter vio entre los papeles un ejemplar de *La invención del amor* y se lo pidió prestado para la conferencia. En realidad, no hubo mucho de qué hablar, el procedimiento era el habitual: una vez realizadas las presentaciones, Herter hablaría un poco de su novela, leería algunos fragmentos durante tres cuartos de hora, y luego, con Marte como moderador, contestaría a las preguntas del público. Herter pidió a Marte que hiciera el favor de repetirle cada una de las preguntas, por el problema de su sordera. Marte le preguntó si prefería permanecer de pie o sentado durante la conferencia. Mejor sentado. ¿Qué querrá usted beber? Agua, sin vaso, por favor. Habrá un puesto con libros, ¿está usted dispuesto a firmar? Por supuesto que sí. La literatura era la razón de su vida, precisó Herter. Al término de la conferencia se ofrecería un *vin d'honneur* con aperitivo.

Media hora después apareció un hombre de unos cuarenta años y aspecto juvenil. Por el cabello rojo y la piel blanca parecía irlandés; sin embargo se presentó con un ligero acento vienés como director del Sacher. Dijo sentirse honrado de estrechar la mano del *Herr* Doktor Herter, y se

ofreció a llevarlos en coche a la Nationalbibliothek en la Josefsplatz, pues, aunque la biblioteca estuviera a diez minutos andando del hotel, hacía mal tiempo y él también quería asistir a la conferencia.

Frente a la puerta esperaba el Rolls-Royce del hotel Sacher, del mismo color que la famosa tarta Sacher. Como Herter no tenía ganas de hablar, se sentó al lado del chofer. Conforme se hacía mayor, la gente le trataba cada vez con más amabilidad, salvo unos pocos compatriotas suyos que le odiaban a muerte; pero, consciente de que en el fondo nadie le conocía de verdad, donde más a gusto se sentía era en su cuarto de trabajo, a solas, sin citas, sin teléfono, con el día entero, inmaculado, por delante. Ya de niño sentía como una carga que le apartaba de sus verdaderos intereses la obligación de acudir a diario a la escuela. Sus malas notas indujeron a sus maestros a pensar que era un muchacho vago y cortito, que no llegaría jamás a nada. Por fortuna, los maestros tuvieron la ocasión de constatar durante unos cuantos años que el chico era de todo menos vago y de preguntarse quién era el cortito, si él o ellos mismos. De todos aquellos excelentes alumnos que solían ponerle como ejemplo no se supo nunca nada más.

La Nationalbibliothek formaba parte del Hofburg, el enorme conjunto de palacios reales y edificios del gobierno, centro que durante siglos había sido todo un imperio mundial, actualmente reducido al estado de enano hidrocéfalo. Herter fue recibido a la entrada de la biblioteca, bajo el paraguas que el chofer sostenía sobre su cabeza, por el director, *Herr* Doktor Lichtwitz, quien le acompañó por las escaleras de mármol a la Prunksaal; la colosal sala barroca, el lugar más oficial de Austria. Ahí volvió a encontrarse con Schimmelpenninck. Las rayas blancas de su traje azul marino habían desaparecido misteriosamente. Había ya unas doscientas personas en la sala coronada por la cúpula de suntuosas pinturas. Hubo que esperar un rato a que todo el mundo encontrara sitio para sentarse, pues aún entraban sillas en la sala por las puertas laterales y todavía faltaba por colocar una mesa junto a la cátedra.

Herter fue recibido con un aplauso y, como siempre, se sintió incómodo al mirar a aquellos cientos de rostros dirigidos hacia él, porque no podía fijarse en cada persona individualmente, a pesar de saber que cada una de

ellas había empleado al menos un par de horas de su vida en leer sus libros. Mientras caminaba hacia la silla reservada para él en el centro de la primera fila, se le ocurrió pensar que lo que le distinguía de Hitler era tal vez que éste se sentía en su elemento ante el anonimato de las masas: el elemento de su propia individualidad, la única que contaba frente a la de cientos, miles, millones de personas que estaba dispuesto a aniquilar. Herter se dio cuenta de que su cabeza se había puesto a trabajar de nuevo, en lugar de centrarse en aquello por lo que había sido invitado. Le entraron ganas de abandonar la sala e irse al hotel a anotar sus ideas.

Las palabras de salutación corrieron a cargo de Schimmelpenninck, quien ensalzó a Herter como embajador cultural de los Países Bajos. A continuación habló Lichtwitz, quien le comparó con Hugo Grocio[5].

Herter alzó la mirada, sorprendido. A lo largo de su vida le habían comparado con Homero, Dante, Milton y Goethe, pero… Hugo Grocio, eso era nuevo. Para restarle solemnidad a la comparación, respondió con un breve saludo de estilo militararistocrático, la mano ligeramente flexionada, tal como aparecía retratado su padre en las fotos de la primera guerra mundial. Sabía que era un gesto arriesgado, porque en cierto sentido restaba fuerza a la veneración que la gente de la sala necesitaba sentir por él; pero, por otro lado era muy consciente de que, si se tomaba en serio esas alabanzas y empezaba a verse a sí mismo como un segundo Homero, Dante, Milton, Goethe o Hugo Grocio, estaría perdido. Sólo había un personaje con el que debía identificarse, si quería mantenerse en su sano juicio: aquel muchacho tras las ventanas empañadas de escarcha. En cambio, Hitler el absolutista renegaba de su juventud y se identificaba con Alejandro Magno, Julio César, Carlomagno, Federico el Grande o Napoleón.

La señora Klinger dijo también sentirse orgullosa de Herter. Enumeró algunas de las condecoraciones y premios con que había sido honrado, mencionó su condición de ciudadano de honor de su ciudad natal, su calidad de miembro de la Academia Scientiarum et Artum Europea austriaca y anunció que había sido traducido a treinta lenguas, incluido el chino. Después de realizar un breve comentario sobre algunos de sus libros más famosos, la señora Klinger recordó al público que la familia del escritor era originaria de Viena.

—El gran autor neerlandés Rudolf Herter es también un poco nuestro —concluyó la señora—. Le cedo la palabra.

No se lo podría haber puesto más difícil.

Al levantarse, se tambaleó un poco. Recuperó enseguida el equilibrio, pero el mal ya estaba hecho; todo el mundo se habría percatado de que había estado a punto de caerse, aunque sólo fuera por el rápido gesto de Maria de extender la mano. El crítico literario le tendió su novela. Herter se sentó a la mesa entre las columnas y las esculturas de mármol de tamaño natural, y observó durante unos segundos el panorama que se desplegaba ante su vista. En el plano horizontal, cientos de rostros; detrás de éstos, a veinte metros de altura y separados por una galería, los miles de valiosísimos manuscritos de la biblioteca de los Habsburgo. A lo largo de su vida había vivido muchos momentos culminantes, pero ninguno tan brillante como ése: lo que daría por que su padre pudiera verle.

En cuanto comenzó a hablar, su cansancio y ensimismamiento desaparecieron en el acto. Expuso algunos detalles sobre el largo proceso de gestación de *La invención del amor* y sobre el papel que en la novela desempeñaba la leyenda de Tristán, la cual había entretejido con ciertas experiencias personales. No podía revelar cuáles eran estas experiencias, como era lógico, pues de lo contrario habría escrito su novela en vano. En su literatura convivían siempre esos dos mundos, igual de reales: el mundo de sus experiencias personales y el mundo de los mitos. Lo que él pretendía era que entre ambos mundos se produjera, de una manera orgánica, algo parecido a una reacción química que diera lugar a un nuevo compuesto; sólo así, aplicando esta fórmula, le salía el tipo de libro que quería escribir. Su cuarto de trabajo lo consideraba como la tierra de nadie entre esos dos mundos. Al advertir que algunas personas de entre el público tomaban notas, quiso disuadirles de hacerlo con el argumento de que si tomaban apuntes por temor a olvidarse de sus palabras, éstas no habrían valido la pena; pero no dijo nada para evitar que la gente se burlara de esos pobres que tan afanosamente apuntaban sus ideas. De todos modos, al cabo de un instante, no pudo evitar arrancar una carcajada general cuando, al abrir *La invención del amor*, declaró que él no había escrito ni una sola palabra del capítulo que se disponía a leer, dado que se trataba de una traducción.

Hacía ya un par de años que la novela había desaparecido de su cabeza, como una enfermedad vencida. Desde entonces Herter había publicado varios libros más, y pese a ello seguía encontrándose una y otra vez con palabras o expresiones que no reflejaban lo que decía en neerlandés. Su memoria respecto a los acontecimientos de su vida empezaba a ser pésima. Se veía constantemente en la necesidad de recurrir a Maria para que le recordara tal o cual cosa; y sin embargo, cuando leía un pasaje de algún libro que había escrito cincuenta años atrás, se percataba inmediatamente de los errores, como, por ejemplo, la colocación de un punto donde debía ir un punto y coma. ¡Ahí debía ir un punto, imposible que no lo hubiera puesto! O un signo de admiración. Cuando luego repasaba el texto, siempre se demostraba que llevaba razón. Si una terrible catástrofe natural borrara todos los ejemplares de sus libros de la faz de la tierra, él sería capaz de reconstruirlos de la «a» a la «z» en un plazo limitado de tiempo. Claro que, de disponer de un plazo ilimitado, cualquiera podría llegar a escribir sus libros, como todos los demás libros, incluso los nunca escritos.

Para mantener el contacto con el público, Herter alzaba de vez en cuando los ojos del texto. Debía obligarse a ello, pues le impresionaba el saberse centro de atención de todas esas miradas llenas de devoción. Todos estaban pendientes de sus palabras, concentrados en la escena de la novela que les estaba leyendo. Cada una de esas personas dominaba un arte que él no dominaba: el arte de escuchar. Ya de niño, durante la guerra, le resultaba imposible concentrarse en las palabras de los maestros, pues toda su atención se centraba en observar sus gestos, la piel de sus manos, cómo iban peinados, la forma de anudarse la corbata o cualquier cosa que sucediera en la clase: el comportamiento de sus compañeros, la mosca en la ventana de arriba, el movimiento de las hojas de los árboles, las nubes que pasaban… ¡Rudi, presta atención! Pero el problema no era la falta de atención, sino el exceso de la misma. Así que luego tenía que estudiar en casa todo aquello que sus compañeros habían aprendido en clase. No es que ello le supusiera un gran esfuerzo, pues si de algo no padecía era de ceguera verbal, sólo que en casa prefería leer los libros que le interesaban de verdad. Esta afición por la lectura le obligaba a hacer novillos durante semanas, de modo que siempre acababan expulsándole del colegio por unos días, lo que, por cierto,

no constituía un gran problema para él, habida cuenta de que en la escuela no hacía más que perder el tiempo. Solía calificar ésa anomalía suya como «sordera verba». Este síndrome, idéntico a su talento, claro está, se hallaba también en el fondo de su incapacidad para seguir en televisión el hilo de un debate, una obra de teatro o una simple película de suspense. Cuando el coche de policía cruzaba a toda velocidad las empinadas calles de San Francisco entre el ulular de sirenas, la atención de Herter no se centraba en la historia, que nunca entendía por muy emocionante que fuera, sino en una mujer cualquiera que caminaba casualmente por la acera sin ser consciente de que, algún día, sería vista al otro lado del mundo en una trepidante escena cinematográfica. ¿Quién era esa mujer? ¿Adónde se dirigía en aquel momento? ¿Vivía todavía? Herter sólo era capaz de prestarle atención a una persona si ésta no se dirigía a un público general, sino a él personalmente.

Tras los aplausos, Marte se sentó a su lado e, iniciando la ronda de preguntas, quiso saber por qué el sueño descrito en el pasaje que acababa de leer estaba narrado en presente, en contraste con el resto de la novela, que estaba en pasado. Era una buena pregunta, de modo que Herter empezó a sentir respeto por el joven crítico con el zarcillo en la oreja. Le contestó que siempre había situado sus sueños en el presente, dado que éstos, al igual que los mitos, carecían de carácter histórico. No se decía: «Tristán amaba a Isolda»; sino «Tristán ama a Isolda».

—A propósito —añadió Herter pasándose ambas manos por el cabello —, no me atrevería a asegurarlo, hay otros que lo saben mejor que yo, pero creo que nunca he escrito una novela que no contenga un sueño. Una novela o una historia no es otra cosa que un sueño conscientemente elaborado. Una novela sin sueño entra en contradicción tanto con el ser humano cuya existencia se desarrolla entre la vigilia y el sueño, como con la propia naturaleza del género novelístico.

Las preguntas del público, que Marte le repetía, no eran diferentes a las que solían formularle en las numerosas ciudades estadounidenses y europeas por las que había pasado. Si alguna vez no daba con la respuesta correcta, salía del apuro contestando algo que nada tenía que ver con la pregunta, y el interlocutor se quedaba siempre tan contento.

—Thomas Mann —le respondió a un caballero distinguido que se había puesto en pie para preguntarle por su padre literario.

—¿Y sus abuelos literarios?

—Goethe y Dostoievski —replicó sin vacilar, pensando inmediatamente en sus cuatro bisabuelos literarios por los que sin duda le preguntarían a continuación.

—¿Y su hijo literario?

Herter se echó a reír.

—Me ha pillado. No tengo ni idea.

El director de la biblioteca aprovechó el momento de distensión y risas para agradecerle su presencia, y a continuación Herter se dirigió con Maria a la mesa donde se apilaban sus libros traducidos.

—¿Ha ido bien? —le preguntó a Maria.

—¿Ha ido mal alguna vez?

—No hace falta que te quedes aquí conmigo —dijo Herter al sentarse y abrir su pluma—; si quieres, vete a hacerle compañía a la señora de Schimmelpenninck.

Delante de la mesa se había formado ya una cola de gente. Herter se percató de las miradas curiosas que le dirigían a Maria, especialmente las mujeres. ¿Por qué ella? ¿Qué clase de mujer sería? ¿No era treinta años más joven que él? ¿En qué aspectos le conocería ella a él? ¿Cómo sería él en la cama?

Al fin tenía Herter la ocasión de mirar a la gente a los ojos, si bien algunos esquivaban su mirada. A cada nueva mirada olvidaba la anterior, pero sabía que esas personas sí recordarían la suya. Casi todo el mundo le tendía el libro abierto en la primera página, en la anteportadilla, donde corresponde poner el nombre; sin embargo, él pasaba la página y firmaba en la misma portadilla. Cuando alguien le pedía que escribiera el nombre de la persona a quien iba destinado el libro, él consentía. Pero había individuos que le entregaban un papelito con frases como: «Para Ilse, a la que amaré siempre». Entonces le resultaba a veces algo difícil explicar que, en caso de conocer a Ilse, sin duda la amaría para siempre, pero que, lamentablemente, ése no era el caso. Los había que se enfadaban. Por otra parte, estaban los que depositaban una bolsa en la mesa, sacaban de ella diez libros y le

pedían que los firmara, con dedicatoria, lugar y fecha. Entonces él señalaba con el dedo la cola de gente y contestaba que no podía hacer aquel feo a los demás. Al cabo de media hora llegaba inevitablemente el momento en el que su mano ya no sabía cómo escribir su nombre, del que sólo era capaz de reproducir una temblorosa imitación, como un torpe falsificador.

Cuando Maria le alcanzó otra copa de vino blanco, el final de la cola ya era visible. Pero en el momento en que Herter se disponía a ponerse de pie después de cerrar su pluma, se aproximaron a él dos ancianos de baja estatura, un hombre y una mujer, de cuya presencia ya se había percatado un rato antes. Al parecer habían esperado a presentarse los últimos. El hombre hizo una respetuosa reverencia y le preguntó en un neerlandés torpe, con un fuerte acento alemán:

—Señor Herter, ¿podríamos hablar un momento con usted?

7

—Por supuesto —contestó Herter, también en neerlandés. En realidad no le apetecía atender a más gente, pero no quería decepcionar a la pareja de ancianos—. Y háble me usted tranquilamente en alemán —añadió en este idioma.

—Gracias, señor Herter.

Los ancianos miraron a su alrededor con aire desvalido.

—Cojan una silla, por favor.

Herter dirigió una mirada al librero, que estaba recogiendo los libros del puesto junto con sus ayudantes, y éste comprendió su gesto de inmediato. Los ancianos, de aspecto humilde aunque pulcro, debían de rondar más los noventa que los ochenta años. Llevaban consigo sus abrigos, que no habrían querido depositar en el guardarropa. El hombre vestía completamente de *beige*: la camisa, la corbata, el traje combinando con los zapatos gris claro. Al parecer, alguien le habría convencido de que a su edad ese color le favorecía. El cuello de la camisa le iba grande, como si el anciano hubiera encogido un par de tallas desde su adquisición. El anciano era calvo, aunque al mismo tiempo no lo era: el cabello blanco le cubría, como un vaho transparente, el pálido cráneo lleno de manchas rosadas. Todo lo que a él le faltaba en carnes, le sobraba a su mujer, como si ella le hubiera absorbido casi por entero. El rostro ancho de la anciana, enmarcado por rizos grises, tenía un aire eslavo acentuado por unas gafas doradas de montura excesivamente grande; el color sonrosado de sus mejillas le confería un aspecto natural.

Tras tomar asiento, los ancianos se presentaron como Ullrich y Julia Falk. La mano de ella estaba caliente; la de él, fría y seca como el papel.

—Éste es un momento muy delicado para nosotros, señor Herter —dijo Falk—. Nos ha costado mucho decidirnos a venir a hablar con usted. Además, es la primera vez que asistimos a una conferencia de este tipo…

Herter advirtió que el hombre no sabía cómo plantear el asunto que le preocupaba, así que salió en su ayuda:

—En cualquier caso, me alegro de que hayan venido.

Falk dirigió una rápida mirada a su mujer, que le contestó con un movimiento afirmativo de la cabeza.

—Ayer noche le vimos por la televisión, señor Herter. Por pura casualidad, porque no acostumbramos a ver ese tipo de programas. No están hechos para personas como nosotros. De repente le oímos mencionar el nombre de Hitler. Como todo fue muy rápido, quisiéramos saber si le entendimos bien.

—Seguro que sí.

—Usted dijo que, con el paso del tiempo, Hitler le resultaba cada vez más incomprensible. Y luego comentó usted algo sobre la fantasía. Que quería atrapar a Hitler mediante la fantasía.

—En una red —añadió Julia.

—Exactamente.

Falk miró a Herter. Sus ojos azules se aguzaron.

—Quizá podamos ayudarle.

Herter, estupefacto, le devolvió la mirada. No sabía qué contestarle.

—¿Ayudarme a mí con la fantasía?

—No, su fantasía no necesita nuestra ayuda. Queremos ayudarle con la realidad. Para que pueda entender mejor quién fue el personaje que le ocupa.

Súbitamente las relaciones se habían invertido. Herter había dejado de ser el célebre escritor sentado en la ostentosa sala frente a un matrimonio sencillo e inseguro. En esos momentos el inseguro era él.

—Señor Falk, francamente, ha conseguido usted despertar mi curiosidad. —Herter miró a su alrededor. En la sala vacía unos hombres recogían las sillas; los libros sobrantes del puesto estaban ya guardados en cajas de cartón y, algo más allá, le esperaban Maria, Lichtwitz y los

Schimmelpenninck—. Aquí yo soy el invitado, tengo compromisos. ¿No podríamos quedar mañana en algún sitio?

—¿Dónde se aloja usted? —preguntó Falk vacilando un poco—. Podríamos acudir a su hotel.

—Ni hablar, bastante esfuerzo han hecho ustedes con venir aquí. Yo iré a su casa.

Falk dirigió una mirada interrogante a su mujer. Al ver que ella asentía encogiéndose de hombros, aceptó la propuesta de Herter. Vivían en una residencia de ancianos, llamada Eben Haëzer. Herter anotó la dirección y el número del apartamento, se puso en pie y les estrechó la mano. Se citaron a las diez y media de la mañana siguiente para tomar un café.

—¿Qué querían de ti esos dos viejos? —preguntó María a Herter, cuando éste se reunió con ella y los otros.

—Saben algo —dijo Herter después de contarle a María lo sucedido—. Esos dos saben algo que nadie sabe.

El *vin d'honneur* se ofrecía en una sala lateral donde se habían congregado unos treinta o cuarenta invitados del mundillo de la literatura vienesa que, al parecer, no se habían perdido su conferencia. Herter deseaba retirarse a un rincón de la sala para tomarse un vino y comer un poco, pero no había manera de librarse de todos esos escritores, poetas, críticos, editores, redactores y otros funcionarios que le iban presentando sin cesar. En realidad, no quería conocer a más gente nueva, le bastaba con la que ya conocía; además, se olvidaba de los nombres y cargos de las personas nada más oírlos pronunciar, porque toda su atención se centraba en observar y examinar a la gente. Alguna vez le había sucedido que se había presentado tres o cuatro veces a la misma persona, que sin duda debía de pensar de él que ya estaba del todo senil. Pero lo peor era que, en el fondo, no le interesaba saber quién era quién ni a qué se dedicaba. Tanto en *La invención del amor* como en otras novelas, Herter había creado unos personajes capaces de suscitar emociones a numerosos lectores; en cambio, para él —a excepción de las veinte o treinta personas más allegadas— la gente no contaba sino en la medida en que pudiera incorporarla a su universo imaginario. Aunque, a lo mejor, ese rasgo bastante inhumano y casi autista de su personalidad era una condición indispensable para la creación de sus

personajes. Probablemente, en la base de todo arte existía cierta falta de compasión que más valía ocultar a los aficionados al arte de los buenos sentimientos.

—Estás con la cabeza en otra parte —dijo Maria después de que la gente le dejara al fin un rato en paz.

—Tienes razón. Me gustaría irme de aquí.

—Bien, pero lo tienes mal. Este acto lo han organizado para ti unas personas muy amables. Tendrás que sacrificarte un ratito más.

Herter asintió con la cabeza.

—Menos mal que soy dócil de carácter y no pienso nunca en mí mismo.

Una señora, menuda y rolliza, se acercó a Herter, tomó las manos de él entre las suyas y las estrechó con fuerza mirándole con un brillo en los ojos.

—Señor Herter, gracias, gracias por su maravilloso libro. *La invención del amor* es la novela más bonita que jamás he leído. Fui retardando la lectura de las últimas páginas, porque no deseaba que se acabara nunca. Por mí habría podido tener mil páginas más. Nada más terminar el libro, volví a empezar. Por eso me ha gustado mucho que en su presentación advirtiera usted de la necesidad de llegar al final del libro para entender el principio.

Sin esperar la respuesta de Herter, la señora, sonrojada, dio media vuelta y se marchó como si estuviera huyendo.

—Dios, hay que ver lo que le hago a la gente —dijo Herter.

Media hora después apareció el director del Sacher que se ofreció a llevarlos al hotel cuando desearan. Para Herter eso era la señal de que podía marcharse sin quedar mal. Agradeció el ofrecimiento del director, pero lo rechazó, porque prefería volver a pie para que le diera un poco el aire.

—¿Está usted seguro? El tiempo está muy tormentoso.

—Si, gracias, no se preocupe.

Las despedidas le llevaron aproximadamente otra media hora. Lichtwitz les acompañó a la salida e insistió a Herter en que no se olvidara de llamarle la próxima vez que visitara Viena.

En la plaza, Herter y Maria fueron azotados por unas extrañas ráfagas de viento, que parecían venir de todas las direcciones. El cielo estaba negro como la parte posterior de un espejo. De vez en cuando, Herter sentía en la cara una gota de lluvia perdida. Mientras le pedía disculpas a Maria por

volver a dejarla sola a la mañana siguiente por culpa de Hitler, el viento fue arreciando y, de pronto, les llegó de frente por la Augustinerstrasse un embate tan brutal que apenas pudieron mantenerse en pie. En ese mismo instante oyeron un terrible estrépito: postigos abiertos por el viento que golpeaban contra las paredes, cristales que se rompían, macetas y bicicletas que caían al suelo… Unos segundos después, les cegó por un momento una enorme nube de polvo y escombros. Herter y Maria se frotaron los ojos, de espaldas a la tormenta, sin moverse. Empezó a relampaguear, inmediatamente después resonaron por la ciudad unos truenos ensordecedores, y, a continuación, descargó un aguacero tan intenso que tuvieron la sensación de estar vestidos bajo la ducha.

—¡Ni te inmutes! —gritó Herter, avanzando de lado contra el viento—. ¡Haz como si no lo notaras! ¡Demuéstrales quién manda aquí!

8

A la mañana siguiente aún tenían los ojos irritados por el polvo. Maria pensaba ir a visitar la exposición de Durero en la Galería Albertina, de modo que se citaron a la hora de comer.

—Si se te hace tarde, no sufras —dijo Herter—. El avión no sale hasta las ocho y media.

Hacía un día apacible de otoño. De camino a la parada de taxis, con un ejemplar de *La invención del amor* bajo el brazo, Herter se detuvo en un quiosco a comprar un ramo de flores para la señora Falk. Se acordó de su conferencia de la noche anterior, que pertenecía ya al pasado, como si no hubiera tenido lugar nunca. Durante su vida había pronunciado centenares y centenares de conferencias de ese tipo, al principio para los cursos superiores de las escuelas de educación secundaria, adonde se desplazaba en trenes y autobuses; después, para círculos artísticos y universidades, adonde acudía en su propio coche; y, al final, exclusivamente para círculos selectos del país y del extranjero, que le agasajaban con aviones, limusinas y hoteles de cinco estrellas. Pero siempre, en todos los casos, al día siguiente todo pertenecía al pasado, como si no hubiera sucedido nunca. El tiempo era una boca sin cuerpo, una boca que lo devoraba y trituraba todo, sin dejar rastro.

Al abrir la portezuela del taxi, oyó música de piano.

—Satie —dijo Herter cuando el taxi se puso en marcha—. *Gymnopédie*. —El toque era fuerte y el tempo demasiado rápido—. ¿Es la radio o una cinta? —preguntó.

—Una cinta.

—¿Quién toca?

El taxista, un chico de unos veinte años entrado en carnes, le lanzó una mirada por el retrovisor.

—Mi padre.

—Vaya. No está nada mal.

—Falleció hace tres meses —añadió el taxista, esta vez sin mirarle.

Herter suspiró. ¿Cómo no sentir amor por el género humano? Allí mismo, un taxista vienés anónimo escuchaba la música de piano de su padre muerto, que seguramente habría grabado él mismo.

—Ahora toco yo —dijo el taxista.

Se hizo un breve silencio, y luego la música continuó casi igual.

Los árboles estaban pelados y los que el viento derribara habían sido reducidos por obra de sierras circulares en pilas de madera que poco tenían que ver ya con un árbol. «¿Cómo interpretar todo aquello?», se preguntó Herter. Por un lado, ese taxista que conmovía el alma, y, por el otro, la plebe más sanguinaria. ¿Cómo conciliar un extremo con otro? Todas las vacas se parecían entre sí, todos los tigres también. Entonces, ¿qué pasaba con los seres humanos? Mientras escuchaba la música, tocada con excesivo pedal, Herter iba cruzando barrios pobres por los que nunca había pasado. La residencia de ancianos Eben Haëzer —un edificio grande de principios de siglo, de seis plantas y paredes ennegrecidas— se hallaba a las afueras de la ciudad, en una desoladora calle detrás de la estación. En el vestíbulo pavimentado con baldosas había sentados unos ancianos en batín y zapatillas, el bastón a un lado, en unos bancos de madera. Herter se personó en recepción, donde le explicaron que, debido a unas obras de rehabilitación, debía tomar el ascensor hasta la cuarta planta, doblar luego a la izquierda, al fondo del pasillo tomar de nuevo el ascensor al tercer piso y una vez allí doblar el pasillo a la derecha. Mientras caminaba por la alfombra raída del largo pasillo de la cuarta planta, por donde avanzaba penosamente una viejecita muy anciana que se sujetaba al pasamanos instalado a lo largo de la pared, Herter se preguntó cómo era posible que la vida le hubiera llevado a ese lugar, allí, en un barrio periférico de Viena, compartiendo techo con una anciana centenaria.

Falk

Abrió la puerta Ullrich Falk, su figura menuda envuelta en una chaqueta de lana demasiado ancha, *beige* otra vez.

—Bienvenido, señor Herter. Es un honor.

El apartamento entero no era ni la mitad de grande que el cuarto de trabajo de Herter en Amsterdam. Olía a humedad y a cerrado, las ventanas llevarían meses o años sin abrir; lo único agradable era el olor a café recién hecho. En la minúscula cocina, donde al parecer también comían, Julia vertió un chorrito de agua caliente del hervidor sobre el filtro de una cafetera marrón, modelo que Herter no veía desde su juventud. Julia, sonrojada, tomó en sus manos el ramo de flores. Por su reacción dedujo que hacía tiempo que no recibía un regalo de ese tipo. Herter miró de soslayo el dormitorio de los ancianos, cuya puerta estaba entreabierta: el cuarto era apenas mayor que la cama. En el salón había espacio justo para un sofá, una pequeña butaca y un par de aparadores llenos de fruslerías. En un rincón, un televisor arcaico, en el que los ancianos habían visto a Herter dos días antes. Sobre el aparato, una foto de un niño rubio, de unos cuatro o cinco años; a su lado, una mujer joven riéndose, seguramente su madre. Tal vez fuera el nieto o bisnieto de los Falk. Herter se sentó en el sofá de color verdoso, los brazos desgastados cubiertos con unos paños no menos raídos. Encima del sofá colgaba una reproducción de la *Boda campesina* de Brueghel.

—A decir verdad, señor Herter —dijo Falk con *La invención del amor* sobre el regazo—, no pensábamos que fuera usted a venir. Usted, un escritor tan famoso…

—¡Bah, bobadas! —le interrumpió Herter—. Yo no conozco a ese escritor famoso.

Disculpándose por no tener un jarrón, Julia introdujo las flores en un cubito de plástico rojo que colocó sobre la mesita de café. Tras servir el café flojo y la tarta de manzana, la mujer se sentó a su lado en el sofá y encendió un cigarrillo. La cerilla usada volvió a guardarla en la cajita. Herter advirtió que los ancianos se sentían incómodos, de modo que, conteniendo su impaciencia, les preguntó si habían vivido siempre en Viena. Ullrich y Julia se dirigieron una rápida mirada.

—Casi siempre —dijo Falk.

Herter intuyó que no debía insistir en ese asunto.

—¿Puedo preguntarles la edad?

—Yo nací en 1910, mi mujer en el 14.

—De modo que han conocido el siglo casi entero.

—Muy bonito no ha sido.

—Pero si interesante. Al menos para quien pueda contarlo. Digamos que ha sido un siglo inolvidable.

Herter preguntó a Falk por sus orígenes familiares y éste le contó que su padre había sido mozo en la famosa pastelería Demel de la calle Kohlmarkt. Apenas lo conoció, pues perdió la vida durante la primera guerra mundial en la batalla del Somme, después de lo cual su madre tuvo que ganarse la vida como criada de las familias adineradas de la Ringstrasse. Falk no tenía más estudios que los primarios. Consiguió un empleo en Correos como cartero y durante el servicio realizó un curso de hostelería de grado medio, empeñado como estaba en llegar más lejos que su padre. Cuando a los veinte años obtuvo el título, su madre ya había fallecido.

—De modo que se hizo usted camarero.

—También.

—¿Qué más se hizo?

Falk le miró por el rabillo del ojo.

—Nazi.

Herter soltó una carcajada. Unas migas de tarta de manzana le cayeron de la boca.

—Pues vaya escuela de hostelería más curiosa.

No, no fue en la escuela. Falk cambió un par de veces de trabajo, y en 1933 —el año en que Hitler subió al poder en Alemania— consiguió un empleo en un café donde solía reunirse gente de la extrema derecha del partido nazi, entonces recién prohibido, tal como sucedía en otros numerosos lugares de Austria, bajo la dirección de la central del NSDAP[6] en Munich. Camuflados como club de skat, aquellos individuos fraguaban sus planes revolucionarios en una salita apartada, cargada de humo de puros, con los naipes sobre la mesa. Por aquel entonces, incluso el doctor Arthur Seyss-Inquart, el abogado que llegaría a canciller de Austria y que

solicitaría oficialmente a Hitler la anexión de su país, estaba afiliado al partido.

—Y que dos años después, como premio a sus servicios, fue nombrado comisario del Reich en los Países Bajos ocupados —añadió Herter—, aunque por aquel entonces ya debió de haber desaparecido de su vista. Por lo que hizo en nuestro país, sobre todo con los judíos, fue condenado a la horca en Nuremberg.

—Lo sé —respondió Falk—. Al final de la guerra, durante los últimos seis meses, trabajamos en su casa, en La Haya, en el servicio doméstico.

Herter miró perplejo a Ullrich y conteniendo las ganas de seguir interrogándolo, dijo:

—Bien, veo que usted conoce a todos esos caballeros. Como Rauter por ejemplo, el jefe superior de las SS y de la policía en los Países Bajos, también un compatriota de usted. Mirándolo bien, fue Austria la que ocupó nuestro país. Todo *Wiener Blut*, sangre vienesa, con perdón. A veces pienso que la llamada anexión de Austria por Alemania fue más bien la anexión de Alemania por Austria. En 1892, todos aquellos austriacos eran lindos niños de pecho, Seyss, Rauter, mi propio padre incluso, que tampoco tuvo un comportamiento muy correcto durante la guerra. Se lo digo para que me entienda. —Y quiso añadir: «… para que usted no se sienta culpable». Pero no dijo nada, porque todavía no sabía si Falk se sentía culpable de algo.

Falk se quedó un momento callado e intercambió una mirada con Julia, que apagó su cigarrillo en el cenicero. En aquella época la política no le interesaba en lo más mínimo, dijo Ullrich. Su trabajo consistía en poner sobre la mesa cerveza, vino y salchichas. Pero eso cambió cuando conoció a Julia.

—Sí, claro, échame la culpa a mí —intervino Julia por primera vez fingiendo indignación, pero le traicionó la mirada. Señaló a Ullrich con un gesto de la cabeza—. Mírele, tal como le ve aquí resulta difícil creerlo, pero en aquellos tiempos Ullrich era un magnífico ejemplar germano, robusto, de cabello rubio dorado y grandes ojos azules, diez centímetros más alto que ahora y derecho como una vela. Fue un flechazo.

Julia era hija de un dirigente fascista de la época que trabajaba de contable en la empresa municipal de transportes. Una noche ella salió a

buscar a su padre, se encontró con Falk, y, lo que son las cosas, llevaban ya sesenta y seis años juntos. Ullrich visitaba a menudo a Julia en su casa. El padre de ésta le daba a leer *Mi lucha* y así, en poco tiempo, le ganó para la causa del nacionalsocialismo.

—Hoy en día todo se ve desde la perspectiva de Auschwitz —se disculpó Falk—, pero eso entonces no existía. Yo lo veía desde la perspectiva de la Austria de Dollfuss, ese país miserable en que mi madre tuvo que matarse a trabajar.

Herter asintió con la cabeza sin abrir la boca. Como un buen narrador, Falk sabía estructurar su historia partiendo de los orígenes de aquello que pretendía desarrollar. Seguramente lo llevaba preparado.

Falk se casó con Julia y, a partir de entonces, ya no asistió únicamente como camarero a las reuniones clandestinas que tenían como objeto acabar con Austria. Al año siguiente, en julio del 34, participó a mano armada en una arriesgada intentona golpista en la Cancillería, donde fue asesinado Dollfuss. Fue un día de errores y malentendidos por ambos lados. En el caos total que siguió al golpe, Falk logró escapar y eludir la justicia.

Pasados otros dos años, en 1936, su carrera dio un salto inesperado. Un día de primavera, durante una subversiva noche de naipes, se presentó en el café uno de los ayudantes de Hitler. Éste comentó que en el Berghof, la residencia de Hitler, había una plaza vacante para un puesto de confianza de camarero y mayordomo, cuya mujer podría trabajar en el servicio doméstico. Todas las miradas se volvieron de inmediato a Falk. Después de que la Gestapo investigara en Munich sus antecedentes y los de su mujer —en colaboración con la policía austriaca, por supuesto— y que el Registro Civil confirmara que ambos tenían sangre aria, Ullrich y Julia se subieron en verano al tren con destino a Berchtesgaden.

—Menuda aventura —intervino Herter—. ¿No estaban ustedes muertos de miedo?

—Miedo…, miedo… —repitió Falk—. En ese momento no había muchas razones para sentir miedo. La verdadera pesadilla aún tenía que empezar. También para nosotros. En aquella época yo me sentía sobre todo aliviado de poder salir de Austria, porque todavía existía la posibilidad de que se descubriera mi participación en la intentona golpista. Me habría

podido caer una pena de quince años de cárcel como mínimo. Dollfuss había sido canonizado. También me habrían podido condenar a la horca.

—Fue como aterrizar en un sueño —dijo Julia—. No sé si usted ha estado allí alguna vez, pero… Hoy en día, todo el mundo sale de vacaciones al extranjero dos o tres veces al año, pero nosotros no habíamos salido nunca de Viena y, de pronto, nos vimos en aquel maravilloso paisaje alpino. Cuando los días eran claros, se veía Salzburgo a lo lejos.

—Hitler amaba aquella zona de Alemania, porque en realidad es Austria —dijo Falk—. Desde principios de los años veinte ya frecuentaba aquel lugar para relajarse y pensar. Si se mira el mapa, se ve que esa franja de tierra penetra en Austria como…, como…

«… Un pene», quiso añadir Herter, pero en lugar de eso dijo:

—Al parecer fue su lugar favorito. Hitler se identificaba más con aquel agreste paisaje romántico que con el agobiante tráfico moderno de Munich o Berlín. Todo el mundo tiene su lugar favorito, diría yo. ¿Cuál es el suyo, señora?

Al percatarse Falk de que su mujer no acababa de entender a qué se refería Herter, contestó en lugar de ella:

—Nosotros hemos visto poco mundo, señor Falk. Somos gentes sencillas. Y para usted, ¿cuál es su lugar favorito?

Herter alzó la mirada al techo y se quedó mirando una mancha de humedad de color marrón en forma de erizo.

—Posiblemente Egipto, ese pedacito de desierto tan especial donde se alzan las pirámides y la esfinge.

Krause, el asistente esa vez con uniforme negro de las SS, fue a recogerlos a la estación en coche y los condujo al Obersalzberg pasando diversas barreras y puestos de guardia. La villa, diseñada por el propio Hitler, aún no se veía; detrás de ésta, invisible desde la carretera, había un inmenso conjunto de cuarteles, búnkeres, pistas de tiro, cancillerías, aparcamientos, un hotel para invitados importantes, barracones para los trabajadores, residencias oficiales, e incluso un parvulario. Las obras de construcción de edificios y carreteras no cesaban día y noche. A los Falk los instalaron en un pequeño apartamento en el edificio donde residía el servicio doméstico. En el despacho del mayordomo real —el *SS-*

Obergruppenführer Brückner, un matón imponente que ya había participado en 1923 en la fracasada intentona golpista de Hitler en Munich— les obligaron a jurar que mantendrían en secreto todo lo que oyeran o vieran en el Berghof; tampoco les permitían llevar un diario. Romper el juramento implicaba, en el mejor de los casos, la deportación a un campo de concentración.

«Ahora, sesenta años después, Falk está a punto de romper el juramento», se dijo Herter. El anciano le leyó los pensamientos:

—Ignoro si los juramentos son válidos más allá de la muerte. Aquella gente ya no existe, y, además, hoy se sabe mucho de lo que pasó en aquellos tiempos. Aunque no todo. —Falk buscaba palabras—. No sabemos si lo que vamos a proponerle a usted es posible. Queremos traspasarle el juramento. Al menos para el poco tiempo que nos queda, luego puede hacer con él lo que quiera. No queremos llevárnoslo a la tumba.

—Bien, lo acepto.

Y Herter juró con los dedos en alto, consciente de que acababa de adentrarse en terreno satánico: el juramento le unía a Falk tanto como había unido a éste con Hitler.

9

—¿Cuándo vio a Hitler por primera vez? —preguntó Herter a Falk mientras le ofrecía de nuevo fuego a Julia.

—Una semana después, porque estaba en Berlín, en la Cancillería. A la señorita Braun sí que la conocimos al día siguiente.

—La señora de la casa.

—Eso aún no lo sabíamos entonces —dijo Julia—. No lo sabía prácticamente nadie, sólo un restringido círculo de gente. La señorita Braun se hacía pasar por una de las secretarias del jefe, pero todos se referían a ella como la «jefa». Unos días después, la primera vez que llevé a la señorita el desayuno y el diario, comprendí cuál era realmente la situación. Las secretarias vivían todas en la finca…

—Para satisfacción de los oficiales de las SS —intervino Falk.

—Y de Bormann, no te olvides —añadió Julia con una expresión de desprecio—. El dormitorio de la señorita estaba en el mismo Berghof, en la primera planta, separado del de Hitler por un cuarto de baño común.

La señorita Braun fue una criatura solitaria y desgraciada, a la que mantuvieron oculta por razones políticas, porque el jefe quería dar la imagen de que pertenecía a todas las mujeres alemanas. Eva Braun era una mujer guapa de veinticuatro años —rubia teñida, sociable y deportista—, dos años mayor que Julia, con la que enseguida hizo buenas migas. Solía pasar largas temporadas sola. A veces, durante semanas enteras, no hacia sino leer novelas, escuchar discos y escribir su diario. Como tenía poca gente con la que hablar, no tardó en intimar con Julia. En ausencia del jefe, las dos se encerraban en la habitación de la señorita Braun a fumar a escondidas unos cigarrillos egipcios de la marca Estambul. De haberse enterado Hitler de que la señorita Eva fumaba, habría roto con ella de

inmediato. De modo que abrían las ventanas de par en par, incluso en pleno invierno, para evitar que algún guardaespaldas de las SS oliera el humo e informara de ello a Brückner, quien probablemente se lo comunicaría a Bormann, el cual se ocuparía, con toda seguridad, de que llegara a oídos del jefe. El *Reichsleiter* Bormann era el poderoso secretario semianónimo de Hitler, encargado de llevar su agenda y sus finanzas. La señorita Braun le odiaba. Según ella, ese criado huesudo —de cuyo brazo la obligaban a ir a diario desde la gran sala al comedor— ejercía una excesiva influencia sobre su Adi. Bormann, por su parte, tampoco sentía gran simpatía por la señorita Braun, dado que ella trataba siempre de sustraerse a su control. Pero Bormann sabía cómo hacerse imprescindible. El jefe se quejó una vez, que durante el periódico desfile de admiradores y, sobre todo, de admiradoras, le había molestado el sol; al día siguiente se alzaba ahí mismo un frondoso árbol. En otra ocasión, Hitler comentó que una granja que veía a lo lejos afeaba el paisaje y le quitaba vista; al día siguiente la granja había desaparecido.

«Sí, —pensó Herter—, eso era el poder absoluto». Hitler ni siquiera necesitaba dar órdenes a Bormann para que éstas se cumplieran. El poder que ese hombre ejerció sobre las personas sólo era comparable al que uno ejerce sobre su propio cuerpo. Cuando uno quiere coger un vaso de la mesa, no ordena a la mano que ejecute la acción: la mano sencillamente responde. En comparación con Hitler, todos los seres humanos eran unas criaturas tullidas.

La señorita Braun conoció a Hitler a los diecisiete años —antes de la toma de poder—, cuando trabajaba en Munich en la tienda de Heinrich Hoffmann, el fotógrafo personal de Hitler. La señorita Braun le contó una vez a Julia que lo que más le gustaba era revelar fotos en el cuarto oscuro. Influida, al parecer, por su trabajo en el archivo fotográfico, la señorita Braun adoptó una extraña costumbre: la organización estricta de su extenso vestuario, con minuciosas descripciones, dibujos y muestras de tela cosidas. Además, solía cambiarse de ropa unas cuatro o cinco veces al día, aunque no hubiera razón para ello. Le gustaba tomar el sol, placer este que el jefe, que detestaba la piel bronceada, le había prohibido también. Hitler, intervino Falk, detestaba el sol. En verano, cuando se sentaba en la terraza,

siempre llevaba la cabeza cubierta con su gorra de uniforme o un sombrero. El Berghof estaba situado en el flanco norte de unos Alpes colosales, de modo que por la tarde hacía un frío intenso en la zona sombreada de la montaña, y eso a él le encantaba. Sus habitaciones en la nueva Cancillería de Berlín también daban al norte. Tampoco soportaba la luz eléctrica fuerte. En su despacho no había más que una lámpara de mesa. No se dejaba fotografiar con *flash*.

«El enemigo de la luz», pensó Herter; ¿sería éste un título adecuado para su novela? O mejor directamente: *El príncipe de las tinieblas*. No, eso era demasiado evidente.

La señorita Braun le contó a Julia en confianza que durante aquella época en Munich el fanático tribuno popular tuvo una relación con su sobrina, que se suicidó al enterarse de que su amante se había liado con Eva. Hubo otras cuatro o cinco amantes de Hitler que intentaron suicidarse, pero su sobrina fue la única que alcanzó su objetivo. Falk supo por Rudolf Hess —el lugarteniente de Hitler por aquel entonces— que también Hitler estuvo a punto de quitarse la vida cuando se enteró de la tragedia y que Hess tuvo que arrebatarle la pistola de la mano. En el Berghof corrió la voz de que la chica murió estando embarazada. Comoquiera que fuera, a partir de entonces Hitler se hizo vegetariano. «Una reacción propia de un necrófilo», pensó Herter. Julia recibió la orden de depositar a diario flores frescas en la sala de recepción junto al retrato de la sobrina del jefe. La señorita Braun, por su parte, también protagonizó un intento de suicidio disparándose torpemente una bala en el cuello, porque llevaba meses sintiéndose abandonada por el jefe debido a su atareada vida. El incidente creó un vínculo definitivo entre Hitler y Eva Braun. Un año antes de instalarse en el Berghof, la señorita Braun volvió a intentarlo en Munich por segunda vez y por las mismas razones. Después de esto, Hitler se la llevó a vivir a su casa en Obersalzberg.

—De modo que Hitler era capaz de amar —dijo Herter moviendo la cabeza—. Y, sin embargo, su vida privada estaba impregnada de muerte.

—No sé si se trataba de amor —contestó Falk impertérrito.

—¿No albergaría en algún rincón de su alma una pizca de bondad?

—No.

—Sentía un gran afecto por su perro.

—Al final probó en él los efectos del veneno antes de dárselo a la señorita Braun.

—La señorita Braun sí que fue capaz de amar —dijo Julia—. Cuando Hitler no estaba en el Berghof y tenía que comer sola, me pedía siempre que le pusiera la foto de él al lado del plato.

Herter miró a la señora Falk en silencio, imaginando la escena. Aquella solitaria mujer sentada a la mesa ante el retrato de su amado, que en aquella época ya era culpable de la muerte de centenares de personas; poco después, de miles; y, al final, de millones.

—La señorita Braun comía poco y muy irregularmente —dijo Falk—. Además, después de la comida solía tomarse un purgante. Le aterrorizaba engordar.

—Lo que significa que padecía de anorexia, un cuadro clínico que en aquella época se desconocía, según creo. ¿Y Hitler, qué? ¿Cuál fue la primera impresión que le produjo a usted el Führer?

Falk no se inmutó ante el tono irónico con el que Herter había pronunciado la palabra «Führer». Los ojos de Falk descendieron hacia la ventana con vistas a un triste patio interior. Algo había ahí que sólo él era capaz de ver. Después de unos primeros días tranquilos, continuó el anciano, en los que le pusieron al corriente de cómo funcionaban las cosas en el Berghof, empezó un periodo de nervios y agitación. Una tarde se detuvo frente a la escalinata una columna de Mercedes descapotables. De pronto, dijo Falk intentando explicar lo inexplicable, sintió un frío terrible, como si todo se congelara. Por una ventana de la cocina vio cómo Hitler se apeaba del coche lanzando una mirada al impresionante panorama alpino que le envolvía, mientras se bajaba ligeramente el cinto de un tirón. La visera de su gorra de uniforme era mayor que la de los demás y le tapaba más los ojos. Ahí estaba el Führer en persona, ahí mismo. Era más pequeño de lo que Falk se había imaginado. Su manera de moverse, ágil aunque rígida, le confería un aire de estatua de bronce viviente, con lo que producía a su alrededor un extraño vacío, un vacío que de algún modo se intensificaba ahí donde estaba físicamente, como si en realidad no estuviera. Las estatuas de bronce son huecas y están vacías por dentro; en

cambio, el vacío de Hitler ejercía un efecto de succión, como el ojo de un remolino. Una sensación indescriptible.

—Puro teatro —dijo Julia encogiéndose de hombros—. En público, Hitler siempre hacía teatro. Sobre todo cuando vestía uniforme.

—Cabría decir entonces que Hitler interpretaba a Hitler —propuso Herter—, como un actor interpreta a un sanguinario rey de Shakespeare, pero con muertes auténticas. Y cuando, entre acto y acto, se retira a los camerinos, se transforma en un hombre como los demás que enciende un cigarrillo.

Julia se echó a reír.

—¡Hitler y un cigarrillo!

—No sé —dijo Falk—. Quizá tenga usted razón. Pero hay mucho más. Llevo toda mi vida pensando en Hitler, y siempre hay algo en él para lo que no hallo explicación, ni siquiera hoy, más de medio siglo después. Dentro de dos años, Hitler llevará muerto los mismos años que vivió. —Falk, al parecer, también se había tomado la molestia de hacer el cálculo. Movió la cabeza—. A mí me resulta cada día más incomprensible.

Aquel día, en la comitiva de Hitler, Falk no reconoció más que la figura achaparrada de Bormann. *Blondi*, el pastor alemán de Hitler, se lanzó eufórico escalinata abajo. Aullando de alegría apoyó sus patas delanteras en el cinturón de Hitler y éste tomó la cabeza del animal entre sus manos enguantadas y le rozó un instante con los labios. En lo alto de la escalinata esperaba la señorita Braun con un ligero vestido de verano sin mangas…

—Yo sabía —intervino Julia— que, para la ocasión, la señorita llevaba dos pañuelos en el sujetador.

Detrás de la señorita Braun, a un par de metros, esperaba un grupo de oficiales del *SS-Leibstandarte* Adolf Hitler, todos vestidos de negro, con cinturones blancos y el brazo derecho rígidamente extendido, las manos enguantadas de blanco. Hitler se quitó la gorra haciéndose visible su frente llamativamente blanca, y besó la mano de su amiga con gesto galante. A los demás los saludó alzando ligeramente la palma de la mano derecha, como si sostuviera una bandeja, y luego entró en la casa enfilando la galería con su perro *Blondi*, su amante y los dos foxterrier escoceses de ésta, *Stasi* y *Negus*. Julia sabía que Eva Braun quería un *teckel*, pero Hitler opinaba que

los *teckel* eran unos perros caprichosos y desobedientes, rasgos que él detestaba.

—Nadie lo comprenderá jamás —dijo Falk con los ojos bajos y moviendo despacio la cabeza—. Era algo muy angustioso. Cada uno de sus movimientos era de un dominio y precisión perfectos, como los de un acróbata, un trapecista. Hitler era un ser humano como cualquiera, sí; y sin embargo no lo era. Había algo inhumano en él, que le convertía más bien en una obra de arte o un… —Falk movió la cabeza—. No sabría cómo explicarlo. Algo terrorífico.

—Se explica usted muy bien. En cuanto a mí, sólo con ver a Hitler un segundo en una película o en una foto, aunque esté de espaldas, lo tengo claro. La psicología no sirve para interpretar su personalidad. Antes bien la teología, que emplea una expresión que podría definir al personaje: *mysterium tremendum ac fascinans*.

—Sí, algo así era —dijo Falk alzando la vista sorprendido.

—No es una explicación, por supuesto, no resuelve el misterio, pero puede que revele algo acerca de la naturaleza del mismo. Y lo que revela es que, en realidad, Hitler no era nadie. Una imagen hueca, como dice usted. La fascinación que ejerció —y que sigue ejerciendo hoy en día— y el poder, que el pueblo alemán le concedió, no los consiguió a pesar de su condición de criatura sin vida, sino gracias a ella. —Herter suspiró—. Aunque, ¡ojo!, hay que evitar divinizarlo, aunque sea en sentido negativo.

«Y sin embargo, —pensó Herter—, de no existir Dios, como parece indicar la historia universal, la divinización de Hitler podría ser el quid de la cuestión. En tal caso él se presentaría como la divinización de lo inexistente».

Los pensamientos de Herter tropezaban los unos con los otros como una manada de lobos atacando una presa invisible. Hubiera querido anotar unas cuantas ideas, pero temía interrumpir el relato de Falk. Julia dijo algo, pero Herter no prestó atención a sus palabras. Toda idea inspiradora es fugaz, un relámpago en el cielo amenazador; lo que requiere tiempo es su fragorosa exposición. Herter se dijo que ese mismo día debería buscar un rato para determinar lo que ya sabía y lo que le faltaba por saber.

De ser cierto todo lo que se le acababa de ocurrir, se podría extraer una consecuencia paradójica. Suponiendo que Hitler era la personificación, adorada a la par que maldecida, de la nada —a quien nada impedía hacer cualquier cosa—, resultaba imposible reflejar su verdadera cara en un espejo literario, como Herter había señalado a Constant Ernst el día anterior, por la simple razón de que no tenía cara. Antes se le podría comparar con el conde Drácula, el vampiro que se alimenta de sangre humana, el «muerto viviente» cuya imagen no se refleja. En tal caso, la diferencia entre Hitler y otros déspotas —tipo Nerón, Napoleón o Stalin— no sería gradual sino esencial. Éstos eran sin duda personajes demoníacos, pero hasta los demonios tienen algo positivo, mientras que el ser de Hitler consistía en la ausencia del ser. Así pues, paradójicamente, la falta de una «verdadera cara» configuraba su verdadera naturaleza. ¿Significaba esto que él, Herter, sólo conseguiría su propósito si no lograba escribir su reveladora fantasmagoría? En tal caso, Hitler lograría escapar de nuevo, como en tantas otras ocasiones. Pero no, esta vez no tendría la ocasión de hacerlo.

Herter se asustó de sí mismo. ¿En qué regiones se estaba adentrando? ¿No se estaría pasando de la raya? La cosa empezaba a ponerse peligrosa, pero ya no podía echarse atrás. Sentía que debía lanzarse, ahora o nunca, y que sucediera lo que tuviera que suceder. De haber alguien en la tierra preparado para esa experiencia, era él. «Puede que ésta sea la razón de mi vida», le había dicho a Maria el día antes, como si él también fuera un emisario de la otredad total. Ahora bien, para mayor seguridad, parecía aconsejable introducir, a modo de aislante, un narrador entre sí mismo y su explosiva historia: un hombre joven de unos treinta y tres años, para quien la segunda guerra mundial estuviera más lejos de lo que estaba la primera para él, un hombre que no se arredrara ante la divinización de Hitler, aunque acabara por ser víctima de la misma. Este personaje sería su hijo literario, a quien pondría el nombre de Otto: el precipitado resultante de la reacción química entre su propio nombre, Rudolf Herter, y Rudolf Otto, el nombre del teólogo que había acuñado la expresión *mysterium tremendum ac fascinans*. Pasara lo que pasara, Herter estaba decidido a no detenerse ante nada. A finales del siglo XX se hacía necesario capturar a Hitler, de una

vez para siempre, en esa divinidad nihilista; después, Herter no volvería a mentarlo nunca más.

10

—Está pálido —dijo Julia—. ¿Se encuentra bien?

Herter alzó la vista.

—No del todo, la verdad. Achaques de la edad.

—¿Achaques de la edad? Pero si es usted todavía un muchacho.

Herter tomó entre sus manos la mano arrugada de Julia y la besó al modo tradicional austriaco.

—Bien —se dirigió ahora a Falk—, así que Hitler entró en la casa. ¿Y luego qué?

Tres cuartos de hora después sonó el teléfono en la cocina, al parecer una llamada de la señorita Braun. De modo que, en compañía del ayudante Krause, Falk subió al piso de arriba, el corazón latiéndole con fuerza, enfundado en su pantalón negro y su chaleco blanco con la charretera de oro, en la solapa el símbolo de las SS sobre un fondo negro a cuadros, sosteniendo en sus manos enguantadas de blanco una bandeja con té y pastas. El Hitler que encontró en su despacho —una habitación de techo bajo revestida de madera y con una estufa alicatada de gran altura— se le antojó muy distinto al que se imaginaba. Ahí estaba el jefe, repantigado en una butaca floreada; un hombre agotado, indolente, vestido de civil con un traje gris de doble abotonado, los calcetines caídos, el cabello aún mojado del baño, apenas la sombra de ese acróbata demoníaco que parecía poco antes a su llegada a la casa; un ser que, en definitiva, apenas tenía que ver con la imagen de tribuno popular proclive al arrebato de histeria que el mundo tenía de él. El jefe se estaba limpiando los dientes con un palillo.

—Por lo visto, Hitler era una infausta Trinidad o algo así —observó Herter.

La señorita Braun estaba sentada en el sofá con las piernas levantadas bajo el retrato de la madre de Hitler, fallecida hacía ya tiempo, con la que éste guardaba un fuerte parecido: la misma mirada de Medusa, la misma boca pequeña. Hitler no debía de estar tan agotado como parecía, pues se percató al instante de que Falk era nuevo. Mientras Krause, tras entrechocar los tacones de sus botas, presentaba a Falk con unos cuantos comentarios, Hitler le miró fijamente con sus ojos azul oscuro un poco saltones, una mirada que, puntualizó Falk, no olvidaría jamás.

—Tengo la impresión —dijo Herter— de que con su famosa mirada Hitler imponía muy deliberadamente la sumisión total. Usted constituía un peligro potencial para él, usted estaba en posición de poder envenenarle; pero él logró paralizarle con aquella mirada que usted jamás olvidará, como hacen las serpientes con los conejos.

Mientras apuntaba esta idea, Herter se acordó de cómo había descrito Thomas Mann la mirada de Hitler: «mirada de basilisco». El basilisco —un animal fabuloso alado, con la cabeza de gallo coronada por una cresta y el cuerpo de serpiente acabado en garra— lo abrasa todo con la mirada y hasta es capaz de desintegrar las piedras. La única manera de acabar con él es ponerle delante de un espejo para que su mirada destructora se dirija sobre sí mismo, lo que, evidentemente, tiene el carácter de un suicidio impuesto. Y sin embargo, también los basiliscos tienen algo positivo, algo que al menos puede reflejarse en un espejo, mientras que Hitler encarna la más pura negatividad. Todo aquel que le miraba a los ojos experimentaba el *horror vacui*.

—Ojalá lo hubiera hecho —dijo Falk.

—¿El qué?

—Envenenarle. Llegué tarde. Cuando me sobraban razones para hacerlo, ya no fue posible.

Herter asintió con la cabeza en silencio. Era evidente que Falk estaba a punto de confesar algo muy importante para él y Herter no quería atosigarle a preguntas. El anciano estaba liberándose de un peso con el que él y su Julia llevaban cargando hacía ya más de medio siglo, y ello requería su tiempo. Herter intentó no mirar su reloj para no dar muestras de impaciencia, pues por muy disimulado que fuera este gesto, nunca pasaba

inadvertido. Para salir del apuro, lo mejor era mirar el reloj de otra persona, pero ni Falk ni Julia llevaban uno. Calculó que debían de ser casi las doce.

Siempre que el jefe dejaba la Wilhelmstrasse para escaparse del bullicioso Berlín e instalarse en su casa de campo, ésta se transformaba en el cuartel general del Führer e inmediatamente se presentaban en Obersalzberg otros dirigentes destacados con sus familias. Entre ellos, claro está, Martin Bormann, que residía en un inmenso chalet en el centro de la finca y que nunca perdía de vista a su señor: había hecho construir su casa de tal manera que desde el balcón podía controlar con unos prismáticos a la gente que entraba y salía de la residencia de Hitler. El mariscal Göring era también propietario de una casa en los alrededores, al igual que Albert Speer, el arquitecto personal de Hitler.

—Así tenía al alcance de la mano el sueño juvenil que acarició durante su etapa vienesa —puntualizó Herter.

—¿El sueño juvenil?

—Sí, el de llegar a ser arquitecto.

—Arquitecto… —repitió Julia en un tono despectivo—. Empresario de derribos, más bien. Por su culpa toda Alemania acabó reducida a escombros y cenizas, y no sólo Alemania.

La vida en la montaña, continuó Falk, era extrañamente monótona, sobre todo cuando estaba en casa el jefe. Le gustaba levantarse tarde, como el bohemio que siempre fue, de modo que no se le podía despertar antes de las once. Más adelante, durante la guerra, ese capricho suyo de dormir hasta tarde por las mañanas costó la vida a miles de sus soldados. Si algún día llegaba a las ocho de la mañana la noticia de que se había producido un avance en el frente oriental, lo que requería una decisión rápida sobre si retirar las tropas o proceder al ataque, nadie, ni siquiera Keitel, el mariscal de campo, osaba despertar a Hitler. ¡El Führer dormía! Generales desesperados en Rusia, pero el Führer dormía, y no se le podía despertar.

«Sí, sí, sí», pensó Herter. ¿Con qué debió de soñar Hitler? Lo que daría por saberlo.

—¿Alguna vez le contó Hitler algún sueño, señor Falk?

Falk soltó una breve carcajada.

—¿Acaso cree usted que ese hombre le hacía confidencias a alguien? No, estaba tan encerrado en sí mismo como…, como… Sólo una vez, que yo sepa, durante la guerra, en el invierno del 42, si no recuerdo mal, el jefe tuvo una pesadilla. Me despertaron sus gritos, cogí el revólver y en pijama me apresuré a su dormitorio.

—¿Disponía usted de un revólver?

Falk le miró.

—En Obersalzberg había muchas armas, señor Herter. Hitler estaba solo, la señorita Braun había ido a pasar unos días a casa de su familia en Munich. Delante de la puerta de su dormitorio me encontré a dos guardaespaldas de las SS con las metralletas a punto, sin atreverse a entrar en la habitación, aun sabiendo que podían estar asesinando al jefe. Al día siguiente, los dos hombres fueron enviados inmediatamente al frente oriental. Abrí la puerta violentamente y me encontré al jefe fuera de sí en medio de la habitación con su camisa de dormir. Empapado de sudor, con los labios azules y el cabello enmarañado, se me quedó mirando con la cara desencajada de pánico. Nunca olvidaré lo que me dijo: «Él…, él…, él… ha estado aquí».

¿Él? Herter frunció el ceño. ¿A quién debió de temer ese hombre a quien todo el mundo temía? ¿Quién era ese «él»? ¿Su padre? ¿Wagner? ¿El demonio?

—Pero ¿cómo pudo oír sus gritos? ¿No me acaba de decir que usted y su mujer vivían en un pabellón para el personal de servicio en la finca?

Falk intercambió una mirada con Julia.

—Por aquella época ya no.

El ascético dormitorio de Hitler no tenía ninguna puerta que diera al pasillo, sino que se comunicaba con su despacho. Cada mañana, a las once, Falk le llevaba al despacho los diarios matutinos y algunos telegramas que dejaba sobre una silla, y le despertaba diciendo: «¡Buenos días, mi Führer! ¡Es la hora!». La mayoría de las veces el jefe se presentaba en zapatillas enfundado en una larga camisa de dormir, pero un día ordenó a Falk que entrara en su dormitorio. Éste encontró al Führer sentado en el borde de la cama, y a su lado, en el suelo, a la señorita Braun envuelta en un salto de

cama de seda azul; en su regazo sostenía el pie de su amado y le cortaba las uñas. A Falk le llamó la atención la extrema blancura del pie.

—Todo el cuerpo lo tenía igual de blanco —añadió Julia—. Una vez, antes de la guerra, lo vi desnudo. Debió de ser en el 38…

—No —la interrumpió Falk—, en el 37.

Julia dirigió una mirada a su marido. De pronto pareció captar lo que éste le estaba dando a entender.

—Sí, claro. En el 37.

—El jefe —continuó Julia— solía acostarse tardísimo, a veces a las seis o siete de la mañana, rodeado de su camarilla de siempre: Bormann, Speer, su médico personal, sus secretarias, su fotógrafo, su chofer, su masajista, su joven cocinera vegetariana, un par de ordenanzas y otros colaboradores. Nunca le acompañaban la elite de su partido, sus Fuerzas Armadas o su Gobierno.

—También en esto conservó su carácter bohemio —asintió Herter con la cabeza—. Menudo personaje.

A Julia solían permitirle sentarse a la mesa con los demás. Mientras Ullrich se ocupaba de servir las bebidas y cosas para picar, ellos veían una película en la gran sala con los inmensos gobelinos, el gigantesco busto de Wagner esculpido por Arno Breker y la ventana más grande del mundo, todo lo cual colmaba a Hitler de orgullo. En más de una ocasión vieron una película que el propio Goebbels había prohibido. También ponían discos, Wagner por supuesto, y operetas como *La viuda alegre* de Franz Lehár. Después de la música, el jefe solía entregarse a uno de sus infinitos monólogos que se extendían desde el pasado más remoto hasta el futuro más lejano, provocando una terrible somnolencia en sus invitados, pues no era la primera vez que lo oían. Después, el Führer se paseaba durante horas de un lado a otro de su despacho. En verano se sentaba en el balcón hasta el amanecer para pensar en sus asuntos envuelto por el silencio de las montañas y las estrellas.

—O para no tener que dormir —dijo Herter— por temor a que volviera a presentársele ese «él». A saber en qué pensaría ahí en su balcón, no quiero ni imaginármelo.

—Así es —dijo Falk—. Menos mal que después de la guerra los norteamericanos hicieron volar por los aires y arrasaron por completo ese castillo encantado o lo que quedó de él tras el bombardeo.

La señorita Braun, en cambio, se retiraba normalmente hacia la una a su habitación, adonde Julia acostumbraba a llevarle una taza de chocolate. Esa noche Julia llamó a la puerta, pero, como *Blondi* ladraba en el despacho de Hitler para llamar la atención de su amo, no oyó si la señorita Braun le dio permiso para entrar como era su costumbre. De modo que abrió la puerta y se los encontró a los dos cariñosamente abrazados en medio de la habitación, ella con su salto de cama abierto —esta vez negro—, él como Dios le trajo al mundo. Su cuerpo blanco y carnoso no había visto jamás el sol, parecía como muerto; sólo sus mejillas y cuello tenían algo de color, un color que se detenía en seco, dando así la impresión de que su cabeza pertenecía a otro cuerpo. Julia aún recordaba que la puerta del cuarto de baño estaba abierta y que de su interior salía una nube de vapor y el sonido de agua corriente. No alcanzó a ver lo que estaban haciendo; él estaba de espaldas, en un evidente estado de excitación. Le oyó gemir: «Patscherl…».

—¿Patscherl? ¿Osito? —repitió Herter.

—Sí, uno de los apodos cariñosos que Hitler le daba a su amada en alemán austriaco —dijo Julia—. Tenía otros, como Feferl, por ejemplo, que es el diminutivo de Eva.

—Y Tsjapperl, pajarito —añadió Falk sin pestañear—. Y Schnacksi, tesorito.

La señorita Braun, espantada, miró a Julia por encima del hombro con los ojos abiertos de par en par, e inmediatamente ésta cerró la puerta con disimulo tras de sí. A Dios gracias, el Führer no se percató de nada.

—Ese episodio habría podido acabar fatal —dijo Falk—. Si Julia los hubiera encontrado en una postura un poco diferente, noventa grados más hacia un lado u otro, nos habría costado la vida en menos de diez minutos.

Falk se humedeció los ojos con un pañuelo, gesto que tenía más que ver con la edad que con la emoción. Llamaron a la puerta del apartamento de los Falk. Sin esperar respuesta, irrumpió en la habitación un hombre menudo con barba, envuelto en un guardapolvo oscuro. Tras echar un

vistazo a su alrededor, el hombre preguntó con una sonrisa, que a Herter no acabó de agradar:

—¿Tienen visita?

—Ya ve usted —contestó Falk sin mirarle.

El hombre esperó alguna explicación más, pero, al no producirse, cogió la bolsa de basura de un armario de la cocina y se marchó sin decir palabra.

Se hizo un silencio, que Herter no rompió a propósito. Para la mayoría de los mortales, Hitler ya no era más que un personaje cinematográfico propio de una película de acción o de una comedia. Pero para Julia y Ullrich Falk, cargados como estaban de recuerdos de aquel tiempo perdido, todo sucedió ayer. Ellos habían vivido aquellos acontecimientos muy de cerca, de modo que habrían podido seguir hablando infinitamente de Hitler, aunque sólo fuera para aplazar lo que en realidad querían decir. Cuando el silencio empezó a hacerse incómodo, sucedió lo que Herter estaba deseando que sucediera. Los ancianos intercambiaron una mirada. Falk se puso en pie, fue a echar un vistazo al pasillo para comprobar que no hubiera nadie escuchando, volvió a sentarse y dijo:

—Un día de mayo del año 38, poco después de la anexión, había invitados a comer en la casa. Estábamos poniendo la mesa con la señora Mittlstrasser, la mujer del conserje. Esa tarea requería ser realizada con mucho cuidado y extrema precisión, porque a veces al jefe le daba por inclinarse para controlar con un ojo si las copas se hallaban bien alineadas.

—Su ojo arquitectónico —asintió Herter con un movimiento de cabeza —. De esta misma manera miraba a sus tropas formadas o las maquetas de Germania que le presentaba Speer.

—De repente irrumpió Linge en el comedor para comunicarnos que el Führer quería hablar con nosotros.

—¿Linge? —inquirió Herter.

—Sí, el sucesor de Krause.

—Nos llevamos un susto de muerte —dijo Julia—. Siempre nos llamaba personalmente cuando quería algo de nosotros, nunca por vía oficial.

En el despacho del piso de arriba, donde el Führer había sometido a países enteros con sus habituales gritos y amenazas, los Falk se encontraron

a un grupito de gente sentada en los sillones y el amplio sofá: el jefe y la señorita Braun, Bormann, el camarero mayor Brückner y el conserje, éste también oficial de las SS. Julia y Ullrich permanecieron de pie, intimidados; el ambiente en la habitación era tenso. Brückner mandó a Linge a buscar dos sillas de la biblioteca, algo que, si bien resultaba tranquilizador, tornaba la situación aún más incomprensible. Pues ¿qué hacían ahí ellos, dos humildes sirvientes veinteañeros, entre esos señores importantes? Después de que los Falk se sentaran en unas sillas rectas de estilo rústico, Brückner hizo a Linge una seña con la mirada para que saliera inmediatamente de la habitación.

Con su elegante mano reposando sobre el cuello de *Blondi* —sentado junto al sillón con las orejas aguzadas, como una orgullosa criatura de un mundo más inocente—, Hitler se dirigió a los Falk para decirles que ése era el día más importante de sus vidas, dado que había tomado la decisión de encomendarles una tarea de trascendencia universal. Se quedó unos instantes callado mientras miraba a la jefa, que estaba sentada en el sofá con la cara pálida, entre los oficiales Brückner y Mittlstrasser.

—Señor Falk, señora —prosiguió Hitler en tono formal—, voy a revelarles un secreto de Estado: la señorita Braun espera un hijo.